

LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA CUEVA DE REGACÉNS (ASQUE-COLUNGO. HUESCA)

Vicente Baldellou
Albert Painaud
M.^a José Calvo
Pedro Ayuso

Las pinturas rupestres que aquí nos ocupan constituyen uno de los contados casos en que las manifestaciones artísticas prehistóricas no fueron descubiertas gracias a la acción prospectora desarrollada por el equipo de investigación del Museo Arqueológico Provincial de Huesca. En efecto, cuando dicho equipo había iniciado ya las correspondientes batidas en el sector, don José María Cabrero, cura párroco de Alquézar, nos informó de la posible existencia de vestigios pictóricos en la estación objeto de este estudio, circunstancia que quedó plenamente comprobada después de la visita que efectuamos a la cavidad acompañados por nuestro informador y amigo.

La Cueva de Regacéns —conocida también, aunque en menor medida, como Cueva Recasenz— pasó a formar parte desde entonces del rico y variado conjunto de covachos pintados del río Vero, núcleo artístico de capital importancia tanto por la densidad de yacimientos que encierra como por la diversidad estilística que sus manifestaciones rupestres abarcan (1).

La cueva en cuestión se asienta en la orilla izquierda del río Vero, en el tramo de sus cañones que recibe el nombre de Barranco del Castillo y casi en la misma latitud que la población de Alquézar, la cual resulta perfectamente visible desde la boca del abrigo, al otro lado del curso fluvial y en lo alto del Barranco de la Fuente, formación que desemboca en el Vero justo enfrente del acantilado calizo en el que se abre Regacéns (Figs. 1 y 2).

Las coordenadas de la estación son las siguientes:

Longitud: 3° 43' 0''

Latitud: 42° 10' 30''

Altitud: 620 m.

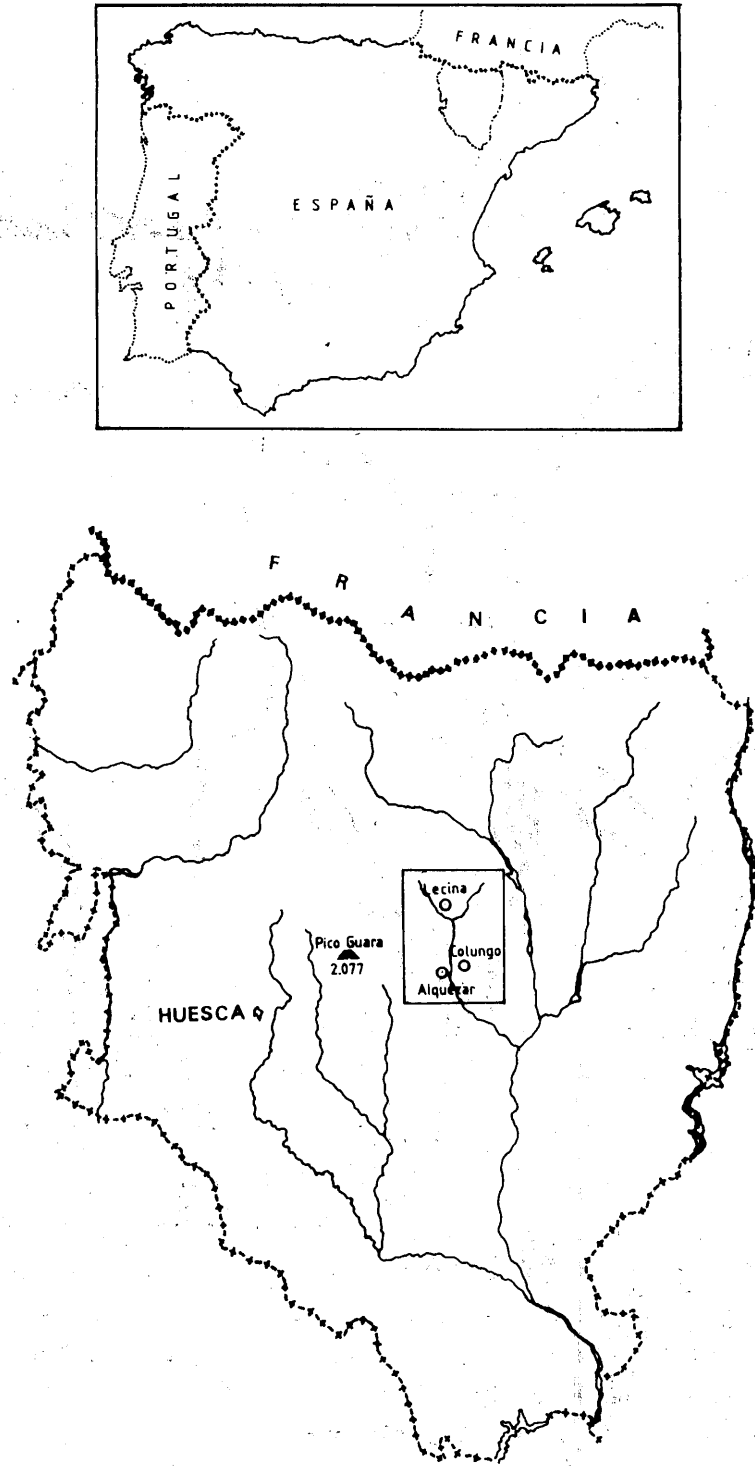


Fig. 1. Situación de la cuenca del río Vero.

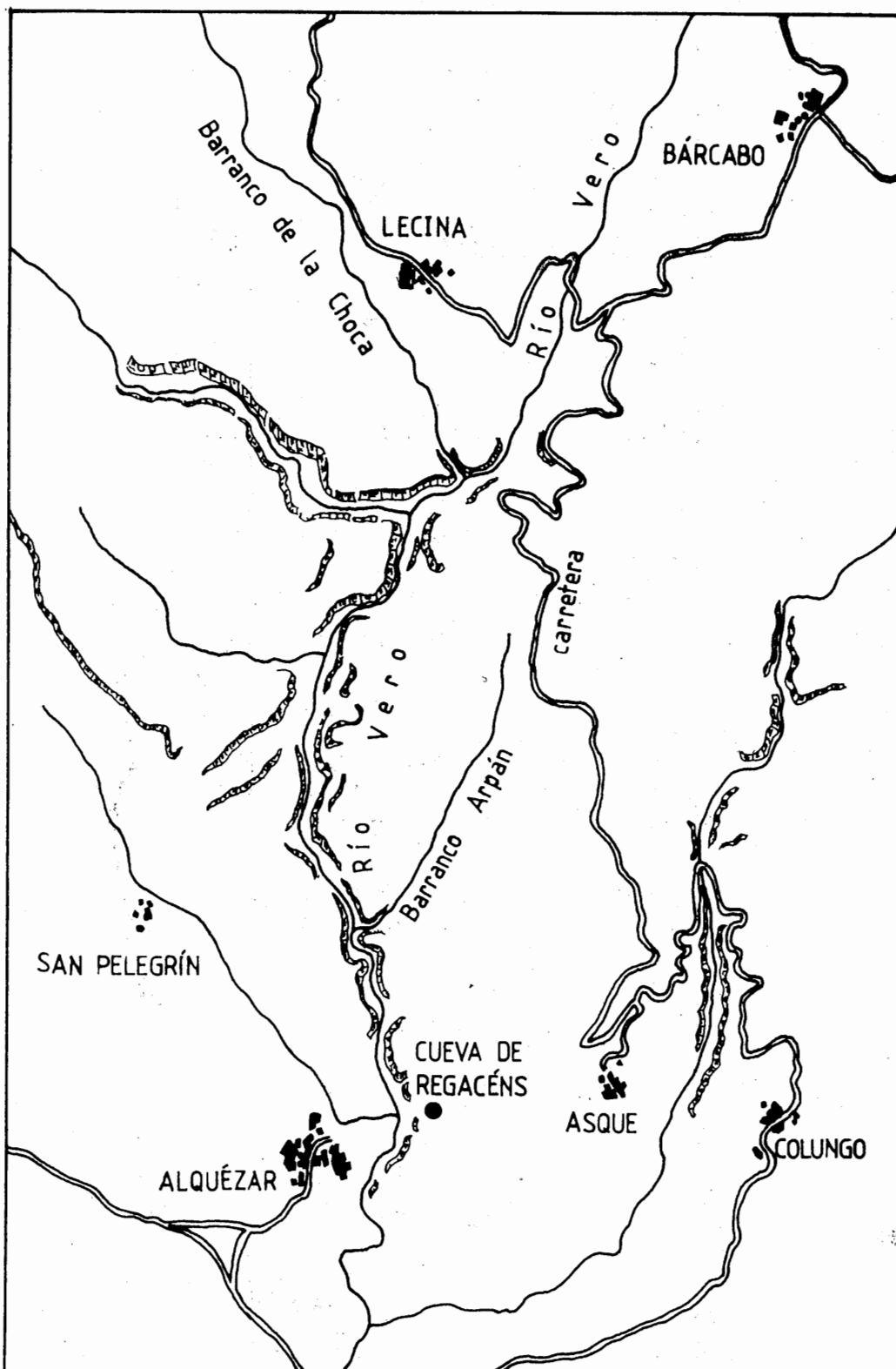


Fig. 2. Localización de la Cueva de Regacéns en la cuenca del río Vero.

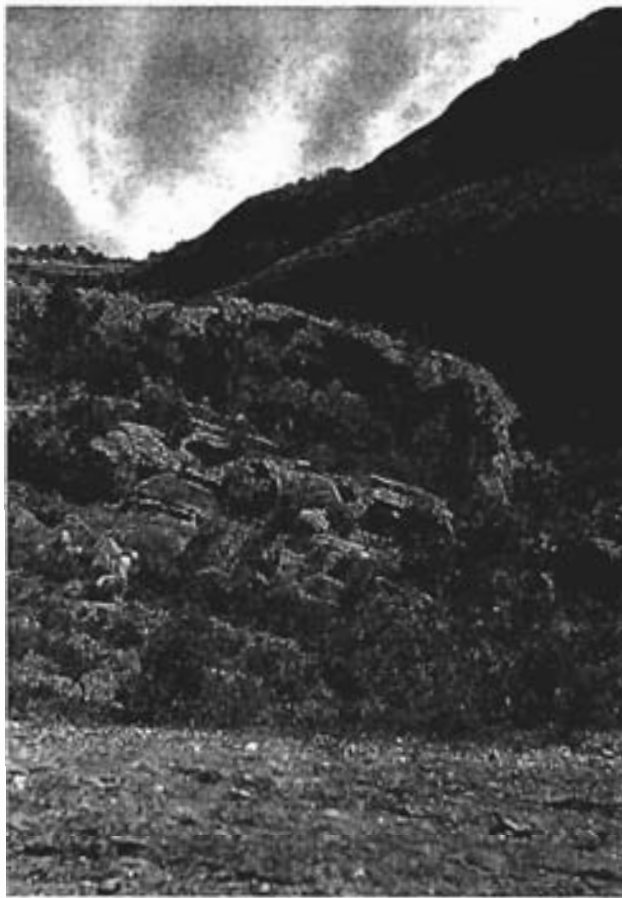
La Cueva de Regacéns es en realidad un vasto covacho de boca circular, con 16 m de abertura en la misma y con una profundidad máxima cercana a los 10 m (Lám. 1 y Fig. 3); su configuración interna es bastante irregular, destacando un divertículo lateral elevado que se encuentra a la derecha de la oquedad, en el que se han localizado también pinturas rupestres, aunque hay que decir que la mayor parte de éstas ocupan preferentemente las paredes de fondo de la estancia principal.

Hasta no hace demasiado tiempo, la Cueva de Regacéns se usó como recinto para albergar ganado ovino y caprino; restan todavía, de esta pretérita utilización, los restos de un muro de cerramiento hecho en piedra seca. Dicho muro discurre a lo largo de todo el trecho frontal de la cavidad y forma un ángulo a la izquierda de la boca, en cuyo tramo se abre el orificio de acceso. En el momento de proceder a la instalación de las verjas de protección, se observó el respeto necesario para que el trazado de la pared fuera conservado en su totalidad (Fig. 3).

Como en tantas ocasiones, cabe señalar que las manifestaciones artísticas que se contienen en la Cueva de Regacéns ofrecen, por una razón u otra, un estado de conservación bastante precario. Como se verá en la descripción de los respectivos sectores, los agentes naturales han actuado de manera harto patente a través de desconchados, coladas, colonias de algas, etc., pero hay que indicar asimismo que la mano del hombre ha sido también partícipe en la agresión a las representaciones pintadas, bien de modo intencionado (disparos de escopeta de caza contra la pared rocosa, aplicaciones de pasta blanca sobre ciertas figuras o incluso alguna especie de *graffitti*, afortunadamente esporádico y poco aparente), bien de modo involuntario, como podría ser el ahumamiento de determinadas zonas del soporte por mor de antiguas fogatas hechas por los pastores.

Por otro lado, las paredes del covacho presentan innumerables manchas rojizas de origen natural, circunstancia que se hace especialmente perceptible en el Sector 1 de la cavidad. Una vez más, la falta de los medios apropiados nos hace caer en las dudas cuando intentamos discernir si algunas de dichas manchas corresponden a restos pictóricos o no, problema éste bastante habitual en nuestros trabajos y que no podrá verse resuelto hasta contar con la dotación técnica precisa para poder aplicar procedimientos más rigurosos que no sean los emanados de la simple observación visual.

Al igual que en otros casos, hemos preferido adoptar una postura restrictiva con el fin de no dar la consideración de pintura a lo que pudiera no serlo y hemos calcado exclusivamente aquello que no nos hacía abrigar ninguna vacilación en cuanto a su carácter de obra humana. No obstante, tales incertidumbres se manifiestan en pigmentaciones absolutamente indescifrables y muy poco significativas, las cuales en ningún momento parecen conformar figuración alguna.



Lám. 1. Vistas de la Cueva de Regacéns.

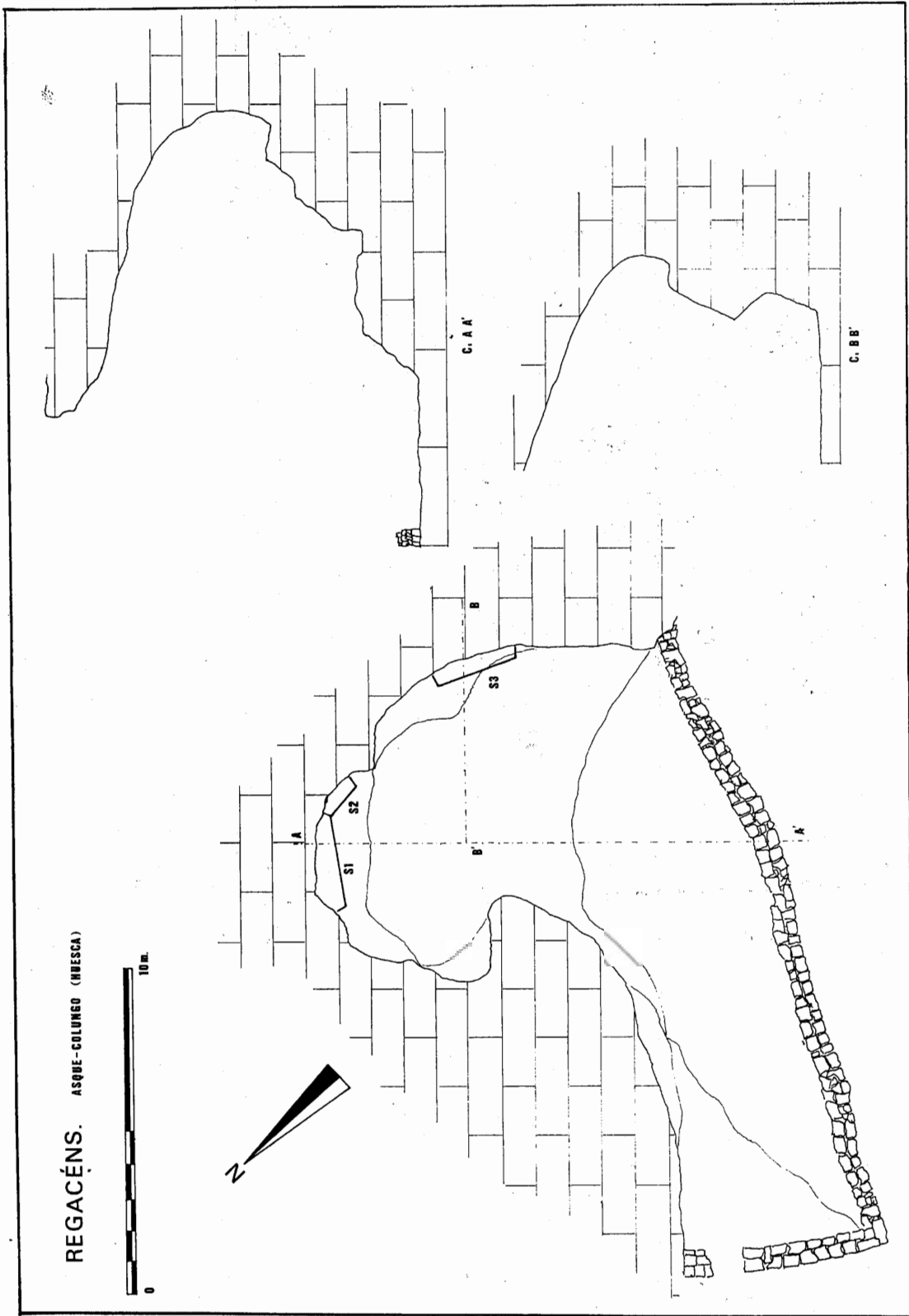


Fig. 3. Planta y alzados de la Cueva de Regacéns.



Fig. 4. Calco íntegro del Sector 1.

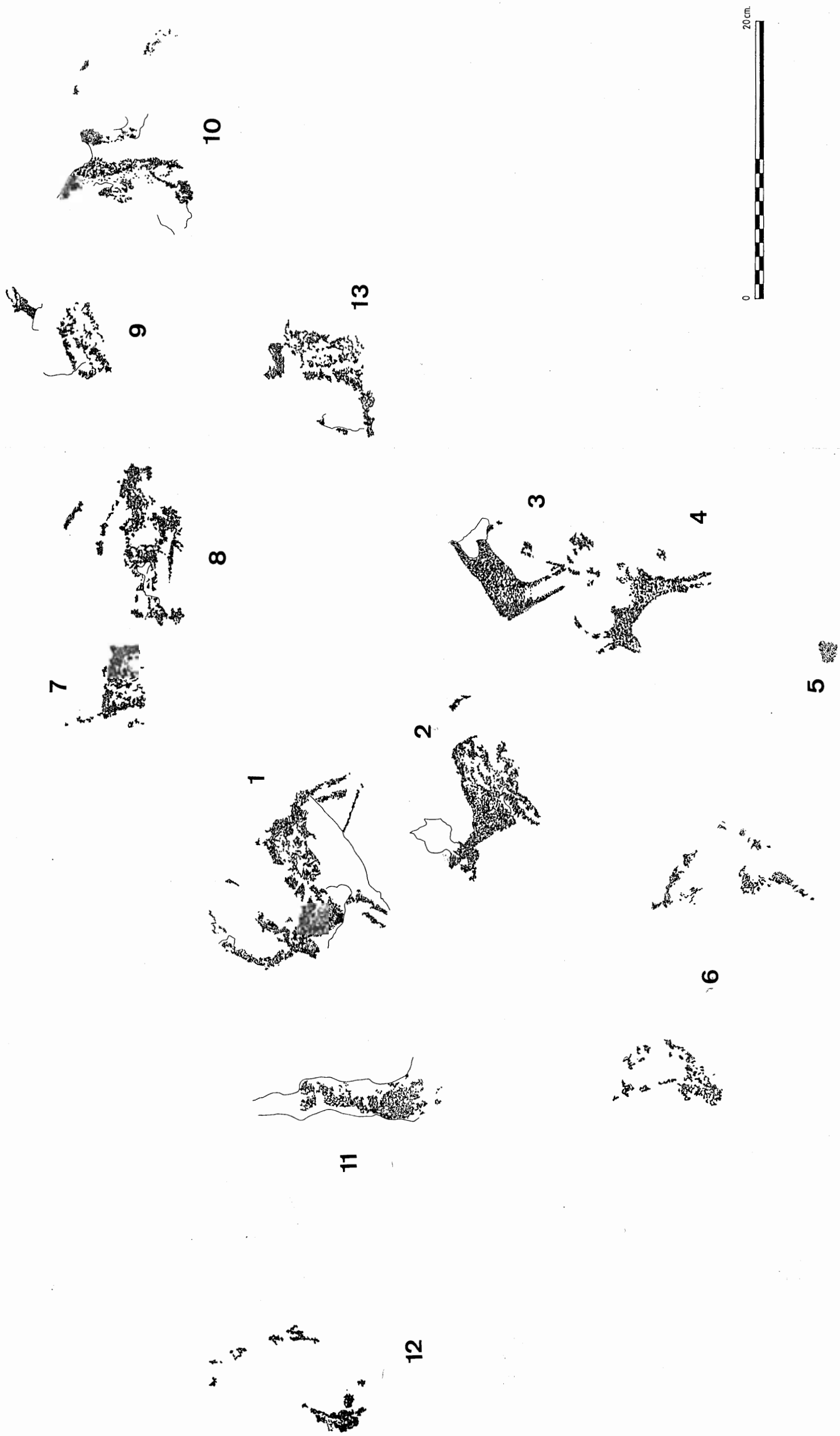


Fig. 5. Zona A del Sector I.

El contenido artístico de la Cueva de Regacéns se distribuye en tres paneles bastante bien diferenciados (Fig. 3), el mayor de ellos (S1) situado en la pared de fondo de la cavidad y seguido, a su derecha y tras un saliente del soporte pétreo, por otro de menores dimensiones (S2); el tercero se ubica todavía más a la derecha (S3), en el ya citado divertículo elevado. Las representaciones están ejecutadas mayoritariamente en tonalidades rojizas, aunque no están ausentes tampoco las conseguidas utilizando el color negro. Su variabilidad estilística es realmente notable, pues van desde el más acendrado naturalismo de tipo levantino hasta los diseños de acusada tendencia esquematizante, sin olvidarnos de un hermoso cérvido al que cabría aplicar el denostado calificativo de subesquemático o algún otro de sentido equivalente y, a buen seguro, tan poco adecuado como el expuesto.

SECTOR 1

Comparte con el S2 la parte central de la pared del covacho; su lado izquierdo (Zona A), donde se encuentran manifestaciones pintadas de índole naturalista, está en gran medida afectado por numerosísimos desconchados que han contribuido eficazmente a la mala conservación de las pinturas; si bien la mayor parte de dichos desconchados son antiguos —aunque menos que las figuras—, la presencia de otros bastante más recientes nos viene a indicar que el proceso de desgajamiento continúa inexorablemente su curso. A la derecha (Zona B), los desconchados siguen apareciendo, pero no son tan abundantes, señalándose la existencia de aplicaciones blanquecinas sobre los restos pintados efectuadas en un momento que nos resulta imposible establecer.

Como ya habrá adivinado el lector por lo vertido en el párrafo anterior, este Sector 1 ha sido dividido en dos subsectores (Zona A y Zona B) por causa de las razones que a continuación se expresan: en primer lugar, porque resulta evidente una diferenciación temática y estilística entre ambos, ya que si la Zona A contiene preferentemente figuraciones naturalistas, la Zona B ofrece exclusivamente dibujos esquemáticos; en segundo término porque existe, como ya se ha dicho, una variación en el soporte, la cual estriba en la mayor o menor existencia de desconchados; también porque las aplicaciones de pasta blancuzca se circunscriben a la Zona B; finalmente, dejando ya de lado los aspectos físicos, porque la división en zonas permite un mayor detalle en la reproducción gráfica de los calcos al no obligarnos a reducciones excesivas.

Descripción de las pinturas (Fig. 4)

Zona A. (Fig. 5)

Ya se ha indicado que se trata de un panel en el que prevalecen las figuras de tipo naturalista; puede observarse concretamente un grupo de cápridos (tres

de ellos seguros, otros tres probables y algunos restos semiborrados que podrían haber pertenecido a otros más que ya no pueden ser identificados como tales), escasamente visibles por causa de la ya mencionada acción de los desconchados y de un evidente desvanecimiento del pigmento original; estamos ante unas representaciones de pequeño tamaño y que, con una única excepción (Fig. 5.1), sólo conservan parcialmente sus características somáticas, de modo que a algunas les falta, bien la cabeza, bien las patas, bien algún segmento de la masa corporal. La coloración predominante —la que se corresponde con las cabras naturalistas— es de un tono pardo-rojizo o pardo-vinoso bastante oscuro —casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas (2)—; los restantes vestigios pictóricos se mueven en una gama muy similar a la mentada, hasta el punto de hacernos pensar que las variaciones cromáticas señaladas pudieran de hecho deberse a alteraciones del colorido posteriores a la realización de las pinturas más que al uso de pigmentos distintos en el momento de llevarlas a cabo.

1. Cáprido (Fig. 5.1 y Fig. 6)

Representación de una cabra con la cabeza vuelta hacia la izquierda; es la única figuración del panel que se nos muestra prácticamente entera, si bien le falta buena parte de uno de los cuernos arqueados, de una de sus patas delanteras y de otra de las traseras. La posición de sus extremidades anteriores y posteriores nos muestra fehacientemente que el animal se encuentra en plena carrera, mientras que un trazo rectilíneo, fino y oblicuo, que se inicia bajo estas últimas y que se ve cortado por un desconchado, podría evidenciar que el cuadrúpedo en cuestión se halla herido por alguna clase de arma arrojadiza. Está ejecutada en tinta plana y con un color asimilable a la casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud del cáprido: 13 cm.

2. Cáprido (Fig. 5.2 y Fig. 6)

Situado inmediatamente por debajo de la figura precedente, su interpretación como cáprido se fundamenta esencialmente en el contexto faunístico que lo envuelve más que en sus propios caracteres físicos: en efecto, esta posible cabra carece de la cornamenta típica que singulariza a los de su especie y sólo nos presenta con claridad una cabeza orientada hacia la izquierda, el cuello correspondiente y los dos tercios anteriores de su cuerpo; el final de éste se nos indicaría quizás a través del resto de pigmento que se encuentra aislado detrás de lo conservado de la tinta plana; asimismo, el dudoso arranque de las patas delanteras puede hacernos suponer que el animal que nos ocupa se encontraría también corriendo. Color: tabla 4, E 9. Longitud del cáprido (contando el trazo posterior): 13,5 cm.

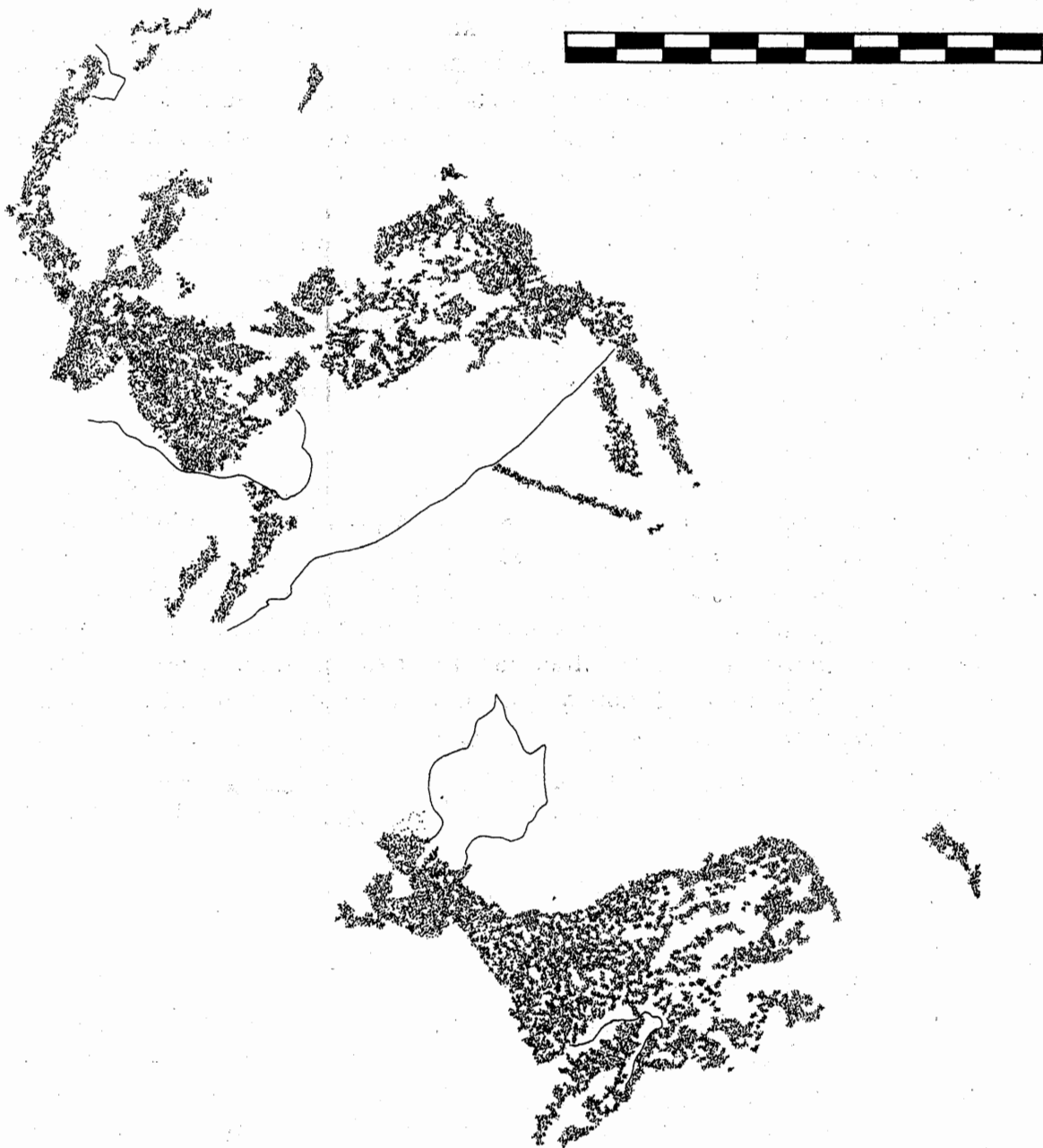


Fig. 6. Zona A del Sector 1 (parcial).

3. Cáprido (?) (Fig. 5.3 y Fig. 7)

Estamos ante un caso parecido al de la figura n.º 2, pues, de nuevo, lo que ha llegado hasta nosotros del presente cuadrúpedo no permite por sí mismo su atribución segura como cáprido. En esta ocasión faltan por completo la testa y las astas, de manera que no podemos precisar con certeza la orientación del herbívoro; el remate de la zona superior del cuerpo por la derecha, como formando un pequeño rabo nada seguro, así como la posición de las cabras más próximas a la presente, son circunstancias que nos inducen a pensar que su cabeza se encontraría en el lado izquierdo, pero carecemos de los suficientes elementos de juicio para conducirnos categóricamente al respecto. La masa corpórea está bastante bien conservada, al igual que las patas de la izquierda; de las de la derecha sólo puede distinguirse el arranque de una de ellas. No obstante, por la verticalidad de las extremidades visibles cabe concluir que este hipotético cáprido está estático y no corriendo como sus compañeros más inmediatos. Color: 4, E 9. Longitud: 7 cm.

4. Cáprido (Fig. 5.4 y Fig. 7)

Ahora no caben vacilaciones en cuanto a la identificación del sujeto pintado: la cabeza casi completa, el arranque de uno de los cuernos y buena parte del desarrollo del segundo dejan traslucir claramente la especie del animal que aquí queremos describir; restan perceptibles también el cuello y los cuartos anteriores del cuadrúpedo, con las patas echadas hacia delante en actitud de correr; el resto del cuerpo está casi borrado, pero puede adivinarse una inclinación hacia arriba del mismo, similar a la observada en los diseños ya expuestos. Un trazo rectilíneo discontinuo, que parece correr oblicuamente hacia el cuerpo de la cabra y que toca tangencialmente —sin superposiciones— una de las patas de la figura superior, podría ser una nueva arma que tuviera clavada el astado en su lomo o costado; sin embargo, las dudas sobre tal posibilidad son más que notables. Color: 4, E 9. Altura de cuerno a pezuña: 10,7 cm.

5. Mancha (Fig. 5.5 y Fig. 7)

Mancha de color muy parecido al que es propio de las figuras hasta ahora estudiadas, aunque quizás algo más oscuro: F 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Resulta absolutamente indescifrable.

6. Restos (Fig. 5.6 y Fig. 8)

Ignoramos si estos restos pertenecerían a dos figuras distintas o si formarían parte de una sola. Su color es el mismo que predomina ampliamente en la Zona A del Sector 1 (4, E 9). Son difícilmente distinguibles por encontrarse en una franja del soporte muy afectada por excrescencias nodulares producidas por las filtraciones calcáreas. Aunque sus contornos actuales



Fig. 7. Zona A del Sector 1 (parcial).

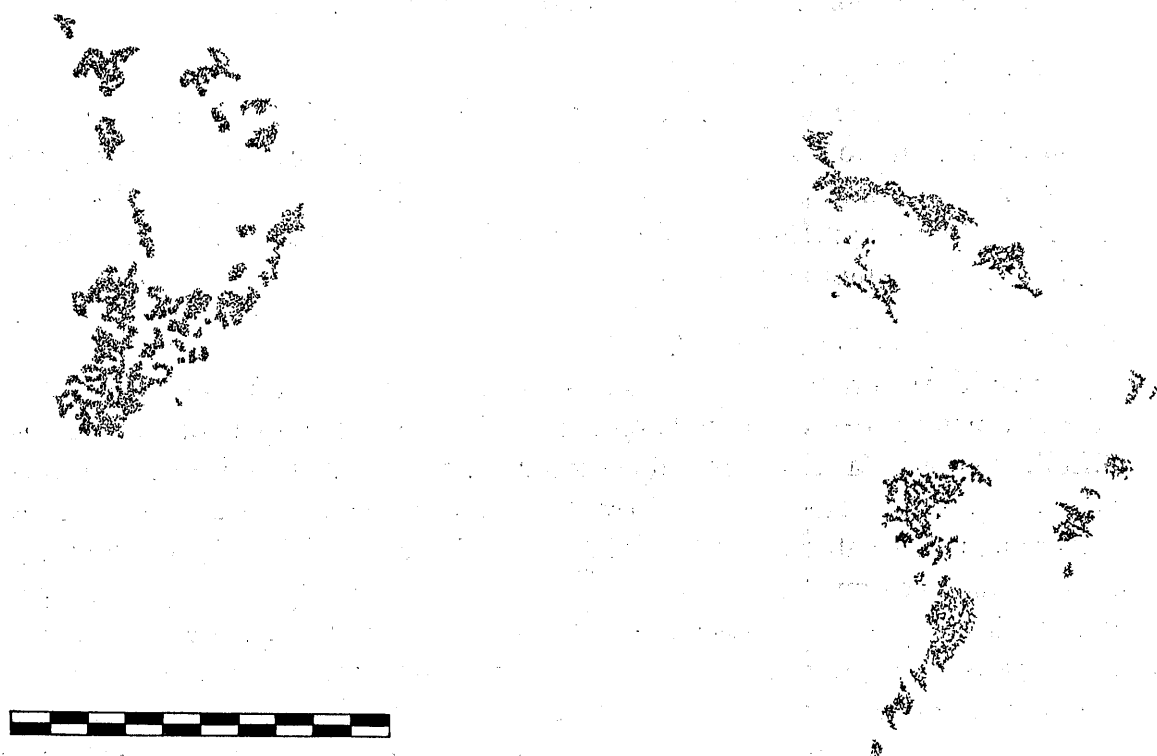


Fig. 8. Zona A del Sector 1 (parcial).

puedan llevarnos a establecer ciertas interpretaciones tales como posibles astas y posibles patas, pensamos que dicha configuración viene dada por un desleimiento caprichoso del pigmento y que es probable que no se corresponda con los perfiles originales de la representación o representaciones primitivas.

7. Restos (Fig. 5.7 y Fig. 9)

El estado de conservación de la pintura no permite aplicarle otra denominación que no sea la expresada o, tal vez, la de simple «mancha». Con todo, por la coincidencia cromática que muestra con los cápridos que le rodean y por encontrarnos ante lo que parecen los restos de una tinta plana semiborrada, no creemos que resultase excesivamente arriesgado suponer que la figura en cuestión se tratara del cuerpo de otra hipotética cabra.

8. Cáprido (Fig. 5.8 y Fig. 9)

Muy parcialmente conservado, permite observar todavía la cabeza vuelta hacia la derecha, los dos trazos discontinuos que conformarían la cornamenta y una masa corporal muy afectada por los desconchados y por las disoluciones del color. Posee la misma tonalidad apuntada para el resto de sus congéneres (4, E 9) y una longitud de 12 cm.

9. Cáprido (?) (Fig. 5.9 y Fig. 10)

Resulta ser un caso idéntico al que nos hemos topado en la figura n.º 2 de este mismo panel: como en la citada ocasión, el animal que aquí nos ocupa difícilmente podría ser clasificado como un cáprido si nos guiásemos exclusivamente por las características somáticas que revelan los trazos pictóricos conservados. La cabeza, vuelta hacia la derecha, ha perdido por completo las astas —dudamos mucho que la fina línea que parte de la frente tenga algo que ver con las mismas—, de las que se habría mantenido únicamente su arranque en la parte más prominente del cráneo; sin embargo, tampoco estamos en condiciones de asegurar concluyentemente que dichas protuberancias sean lo indicado y no unas posibles orejas. Por causa de un desconchado, el cuello no llega a acoplarse con el tronco, el cual se encuentra muy perdido, aunque parece cierto que estuvo ejecutado mediante la técnica de la tinta plana. La consideración de cáprido se concluye, una vez más, por el entorno animalístico que envuelve a la representación, si bien siempre nos cabrá la duda de que dicha atribución sea la correcta; las vacilaciones se incrementan, sobre todo, si nos planteamos la posibilidad de que el arranque de los cuernos no sea tal y que configure en realidad el diseño de dos pequeñas orejas o que la línea antes citada que se halla sobre el hocico de la hipotética cabra represente la única reliquia de una antigua cornamenta ya desaparecida. Las mencionadas alternativas descartarían la atribución caprina de la figura, circunstancia que viene avalada, solamente y ni más ni menos, por el contexto faunístico del



Fig. 9. Zona A del Sector 1 (parcial).



Fig. 10. Zona A del Sector 1 (parcial).

conjunto que estamos describiendo. Color: casilla E 9 de la tabla 4. Longitud del posible cáprido: 8,5 cm.

10. Restos (Fig. 5.10 y Fig. 10)

Muy atacados por los desconchados y por los corrimientos del pigmento, nos parecen completamente ininterpretables. Como en las figuras anteriores, su coloración se corresponde con la casilla E 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas.

11. Restos (Fig. 5.11 y Fig. 11)

Restos pictóricos muy agredidos por la acción de los desconchados, los cuales han hecho saltar las partes del soporte que se encuentran a ambos lados de lo conservado. Su coloración coincide con la señalada en las otras figuras, aunque tal vez se nos muestre algo menos intensa: tabla 4, casilla D 9. No obstante esta matización y como ya se ha dicho más arriba, somos de la opinión de que las variaciones cromáticas detectadas en los presentes restos —así como en los señalados con los números 12 y 13 y en la mancha n.º 5— son prácticamente inapreciables y que responden más a cuestiones ocasionadas por agentes naturales de índole diversa (filtraciones, desleimientos, concreciones, distintas opacidades de la caliza, etc.) y menos a la utilización real de colores diferentes.

12. Restos (Fig. 5.12 y Fig. 11)

Absolutamente ilegibles, su tonalidad es idéntica a la de los restos precedentes.

13. Restos (Fig. 5.13 y Fig. 12)

Vale lo dicho en el párrafo anterior, salvo en lo que se refiere a un ligero matiz tonal: casilla F 7 de la 4.

Zona B (Fig. 13)

El contenido pictórico de la Zona B del Sector 1 se transforma radicalmente con respecto al que era propio de la Zona A, ya que la parte central del panel se ve ocupada por signos de tipo esquemático que se alejan notablemente, tanto estilística como conceptualmente, del descriptivismo naturalista que acabamos de observar en el panel antedicho.

Por otro lado, los desconchados, tan abundantes en la Zona A, reducen perceptiblemente su presencia, aunque no por ello dejan de existir en número todavía harto considerable. Lo más destacable de la Zona B está constituido por aplicaciones de pasta blanca dispuestas sobre las manifestaciones pintadas, una pasta blanca de composición desconocida —hasta que no sepamos con seguridad dónde pueden efectuarnos el correspondiente análisis no procederemos a la extracción de las muestras necesarias— pero que tiene el aspecto de ser una

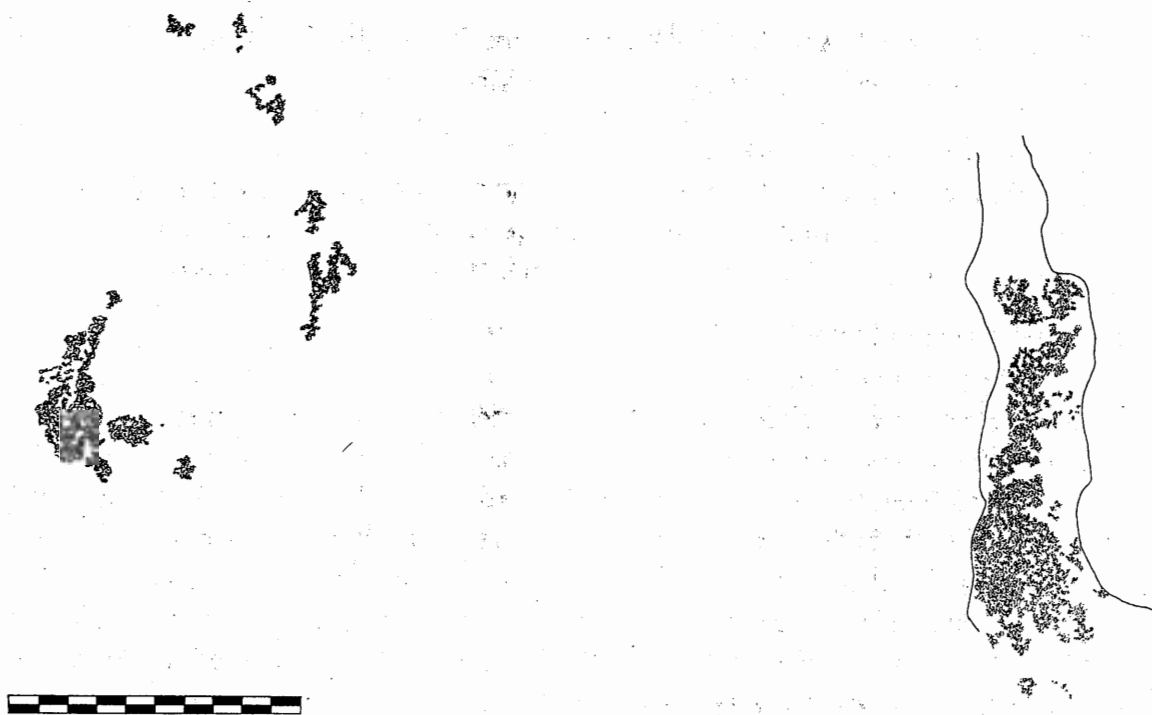


Fig. 11. Zona A del Sector 1 (parcial).



Fig. 12. Zona A del Sector 1 (parcial).

masa de índole calcárea; ello sin descartar en absoluto otras posibilidades, como podría ser la que atañe a alguna clase de compuesto de origen orgánico, quizás excrementos de ave rapaz. Esta última eventualidad nos viene suscitada por la pasada ocupación de un entrante elevado de la pared de la cueva por un nido de rapaces o carroñeras, cuyas poluciones fecales manchan la roca situada bajo el cubículo y muestran una apariencia muy próxima a la que nos ofrecen las aplicaciones citadas.

Dichas aplicaciones se extienden por casi toda la superficie de la Zona B (Fig. 13) formando grumos irregulares y amorfos las más de las veces, con la única y posible excepción centrada sobre el signo n.º 1 y la mancha n.º 2, donde la pasta blanca parece querer dibujar una cruz inscrita en un círculo; pese a que los toscos trazos son discontinuos e intermitentes, de grosor variable y desiguales en su forma y contornos, una visión general del conjunto da la impresión de que los citados cruz y círculo no son fruto del azar (véase de nuevo la Fig. 13). Un examen más minucioso y detallado puede contrarrestar hasta cierto punto dicha sensación y dar a la casualidad un mayor porcentaje de intervención en la confección del diseño (Fig. 14).

Los elementos pintados de la Zona B se mueven casi todos en unas coloraciones análogas a las de la Zona A, es decir, en un pardo-vinoso oscuro (casilla F 9 de la 4), aunque tal vez puede apreciarse una mayor variabilidad de tonos en algunos restos aislados.

1. Signo o signos (Fig. 13.1 y 1bis y Fig. 15)

La duda estriba en que ignoramos si nos encontramos ante una sola representación o ante dos figuraciones distintas (1 y 1bis en Fig. 13). La primera posibilidad se basa en la coincidencia cromática —aspecto este no demasiado relevante por darse de igual manera con otras manifestaciones más alejadas— y en el hipotético entroncamiento —sin superposiciones de ningún tipo— de las dos imágenes presentadas: a la derecha tendríamos un signo cruciforme, con un brazo oblicuo, largo y casi rectilíneo, que se ve cruzado por otro más corto y ligeramente curvado (A en Fig. 15); en el extremo superior izquierdo del primero puede percibirse una desviación hacia abajo (B en Fig. 15) que parece que pudiera corresponder a la línea de la derecha, prácticamente desaparecida, del signo en forma de tridente que se encuentra a la izquierda (C en Fig. 15); éste conserva bastante bien el brazo central, más difuminado el siniestro y sólo el arranque del diestro, cuyo extremo superior enlazaría con el aspa cruciforme. De constituir todo el grupo una misma unidad figurativa, estaríamos viendo un signo de evidente complejidad, la significación del cual estaríamos lejos de poder determinar; de ser la mencionada conexión algo meramente casual, se trataría de dos signos mucho más simples (en forma de cruz y en forma de tridente), pero cuyo significado se



4

1 bis

1

2

3



5

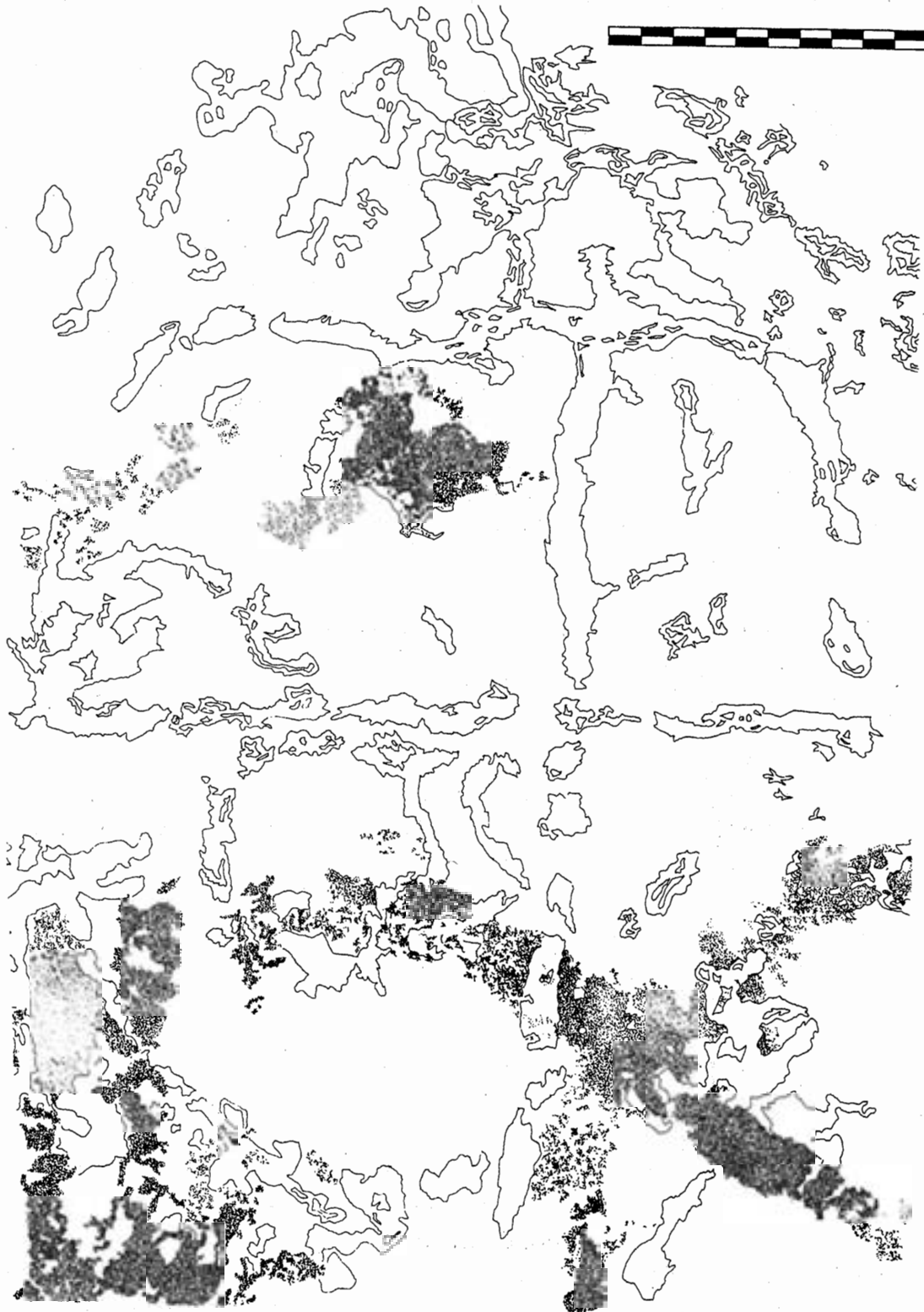


Fig. 14. Zona B del Sector 1 (parcial).

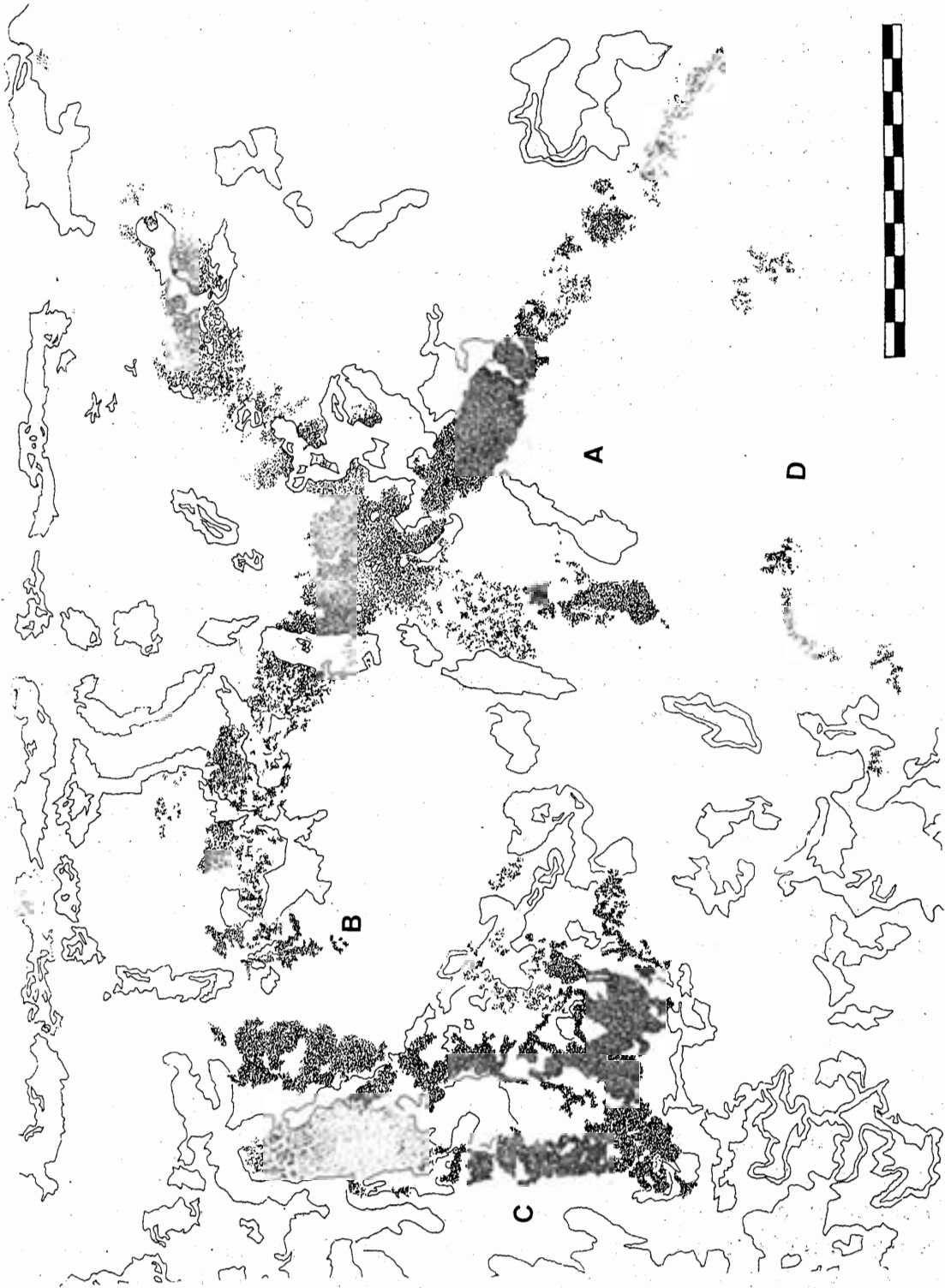


Fig. 15. Zona B del Sector 1 (parcial).

nos seguiría escapando en la misma medida. Debajo del signo n.º 1 pueden distinguirse unos restos aislados y muy difuminados (D en Fig. 15) de idéntico color: casilla F 9 de la tabla 4 de Llanos y Vegas. Longitud del brazo más largo del cruciforme: 32 cm.

2. Mancha (Fig. 13.2 y Fig. 16)

En la misma tonalidad que los signos precedentes, no es posible proceder a su interpretación.

3. Restos (Fig. 13.3 y Fig. 16)

Color parecido al de las figuras ya enumeradas, aunque bastante menos oscuro: 4 D9. Por lo conservado, podríamos describir estos restos como un conjunto de tres arcos de círculo dispuestos concéntricamente y de creciente tamaño en dirección izquierda-derecha, mas lo diluido del pigmento parece indicar que lo que en la actualidad distinguimos puede tener poco que ver con lo que sería el dibujo original, el cual cabe que se haya borrado en buena parte.

4. Restos (Fig. 13.4 y Fig. 17)

Conjunto de restos dispersos ubicados a la izquierda de los signos 1 y 1bis, en el color predominante del panel (4 F9) los que ocupan una posición superior (A en Fig. 17) y en una tonalidad patentemente más sonrosada (4 C9) el que presenta una forma ligeramente angular (B en Fig. 17). Resultan totalmente indescifrables.

5. Restos (Fig. 13.5 y Fig. 18)

Nuevo grupo de restos ilegibles, situados a la derecha de los signos antes citados; los vestigios inferiores presentan una coloración muy similar a la de la figura B del n.º 4, pero todavía menos intensa (tabla 4, casilla C7), mientras que las dos manchitas superiores (A y B en Fig. 18) se acogen al tono más usual (4 F9).

SECTOR 2

Se emplaza inmediatamente a la derecha del Sector 1, a continuación de un ligero saliente formado por la pared rocosa (Fig. 3). Ha sido subdividido también en dos subsectores o zonas siguiendo unos criterios parecidos a los utilizados en el Sector 1, a los que habría que añadir otro nuevo de indudable importancia: en el Sector 2 existe una clara separación física entre uno y otro subsectores. En efecto, en medio del panel ubicado a la izquierda (Zona A) y el que se coloca a la derecha (Zona B), una colada estalagmática de cierta entidad actúa como elemento de distanciamiento de la Zona A con respecto de la Zona B.

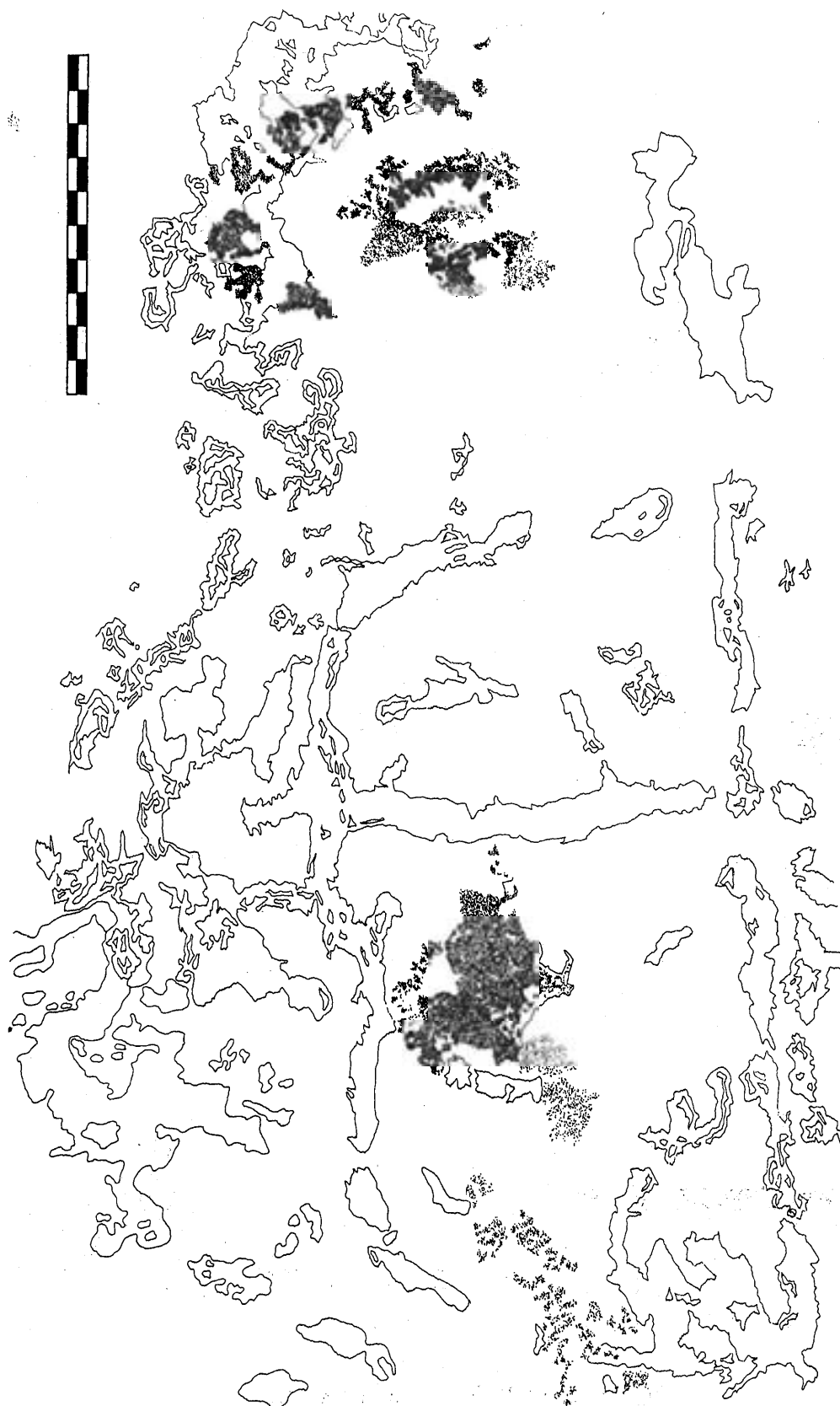


Fig. 16. Zona B del Sector 1 (parcial).

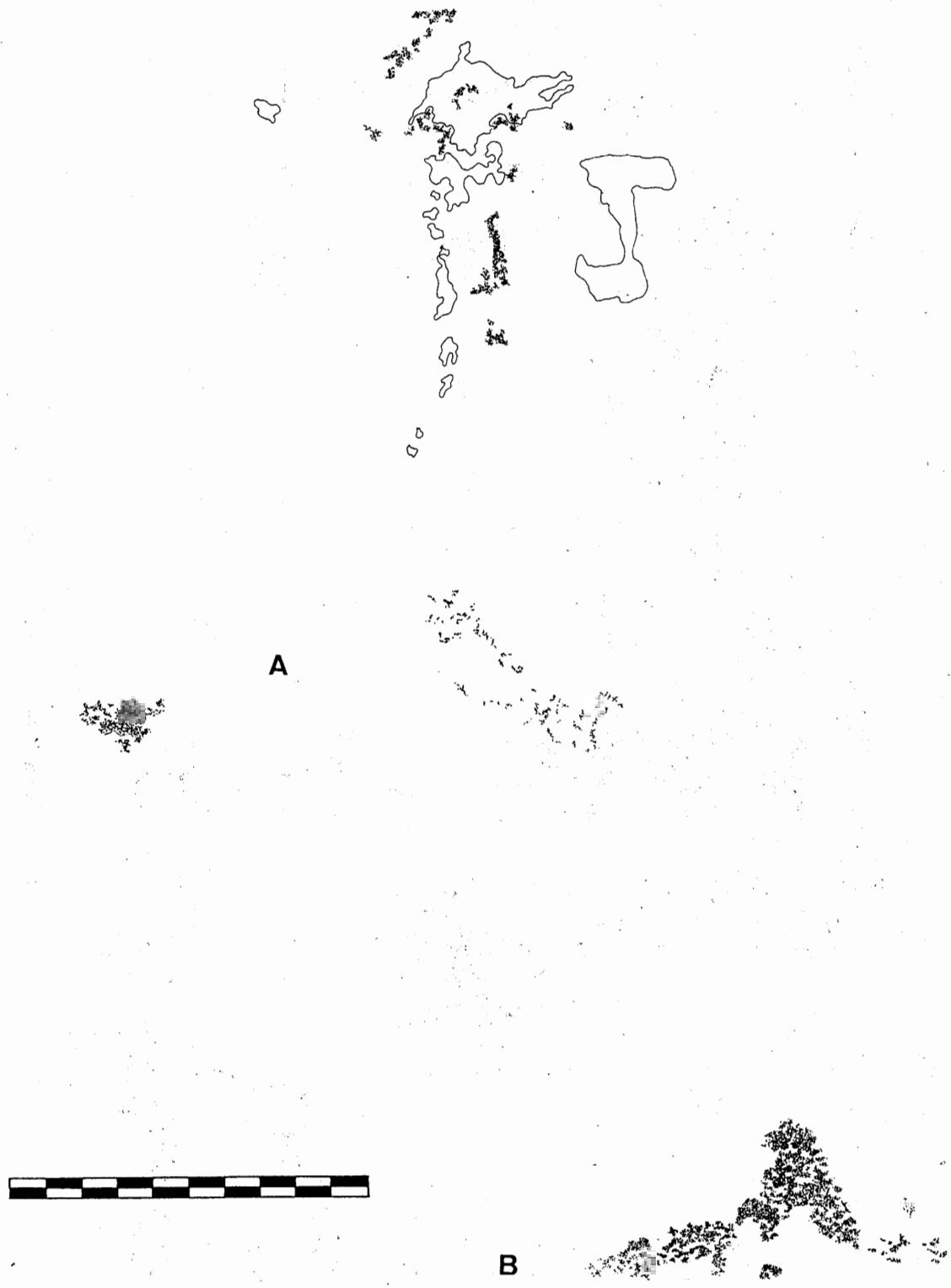


Fig. 17. Zona B del Sector 1 (parcial).

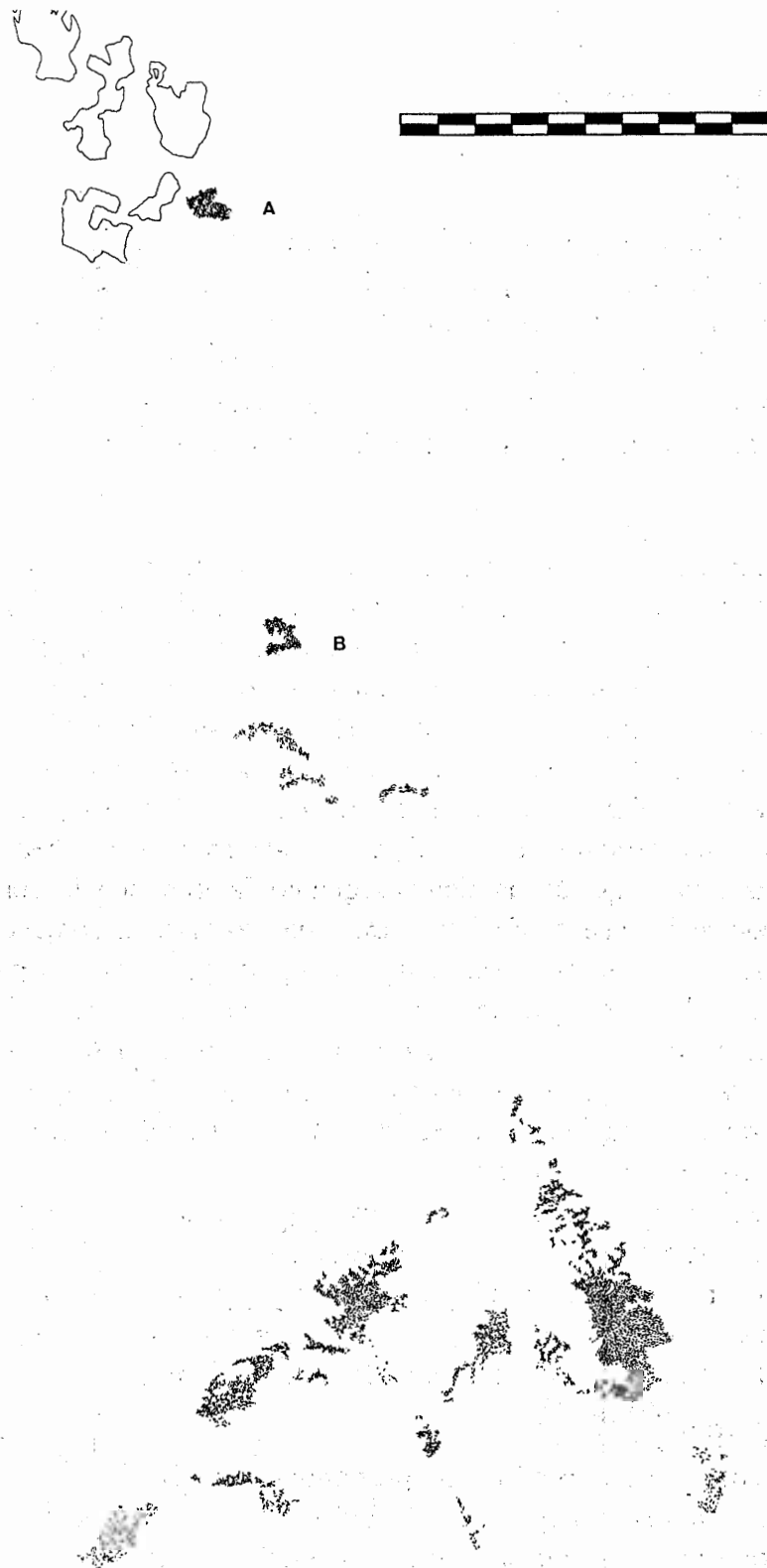


Fig. 18. Zona B del Sector 1 (parcial).

Descripción de las pinturas

Zona A. (Fig. 19)

Corresponde a un segmento del soporte pétreo especialmente ennegrecido, no sólo ya por causa de las algas cianofíceas que se advierten —en mayor o menor medida— en todo el tramo central de la pared de la cavidad, sino también por los efectos del humo; al pie del panel, un recoveco formado por la roca se usó durante mucho tiempo como lugar para encender hogueras por parte de los pastores que encerraban su ganado en la Cueva de Regacéns.

1. Cuadrúpedo (Fig. 19.1 y Fig. 20)

Pintado en negro, la acusada simetría que nos ofrece hizo que albergáramos en principio algunas dudas en cuanto a la correcta identificación de la cabeza y del rabo, ambos apéndices sugeridos por dos simples aditamentos angulares que parten, hacia abajo, del trazo horizontal que quiere reproducir el cuerpo y que se nos muestra bastante diluido. Si la representación no ha sufrido excesivas pérdidas del pigmento en esta parte, parece evidente que la testuz se encontraría a la derecha, donde el trazo angular descendente es de mayores dimensiones, patentiza una inclinación menos vertical y más acorde con el ademán de una cabeza y donde cabe distinguir una oreja (y quizás también la segunda), la prominencia frontal y hasta un hipotético hocico levemente abultado. De todas formas, la conjunción del color negro de la figura con el oscurecimiento del soporte por causa del humo no ayuda demasiado a la hora de proponer una interpretación con garantías plenas. La tosquedad general del dibujo se ve reafirmada por el trazado de las patas, constituidas por cuatro líneas verticales que surgirían del trazo corporal, muy perdido en la zona del teórico arranque. Hay que señalar, sobre el lomo del animal, la presencia de una digitación hecha también en negro.

Si podemos fiarnos de las escasas características somáticas que nos presenta una figuración como ésta, dominada por un tan palmario esquematismo, sería posible interpretar el presente cuadrúpedo como la imagen de un équido, tanto por la conformación de la testa como también por la que incumbe a la cola. Longitud del cuadrúpedo: 17,5 cm.

2. Restos (Fig. 19.2 y Fig. 21)

De un color parecido a los que preponderan en el Sector 1 (casilla F 8 de la tabla 4 de Llanos y Vegas), su desciframiento resulta imposible a menos que se aplique para ello un excesivo grado de imaginación. Lo que sí parece claro es que la mancha ubicada a la derecha debería haber pertenecido a una tinta plana desaparecida en su mayor parte.

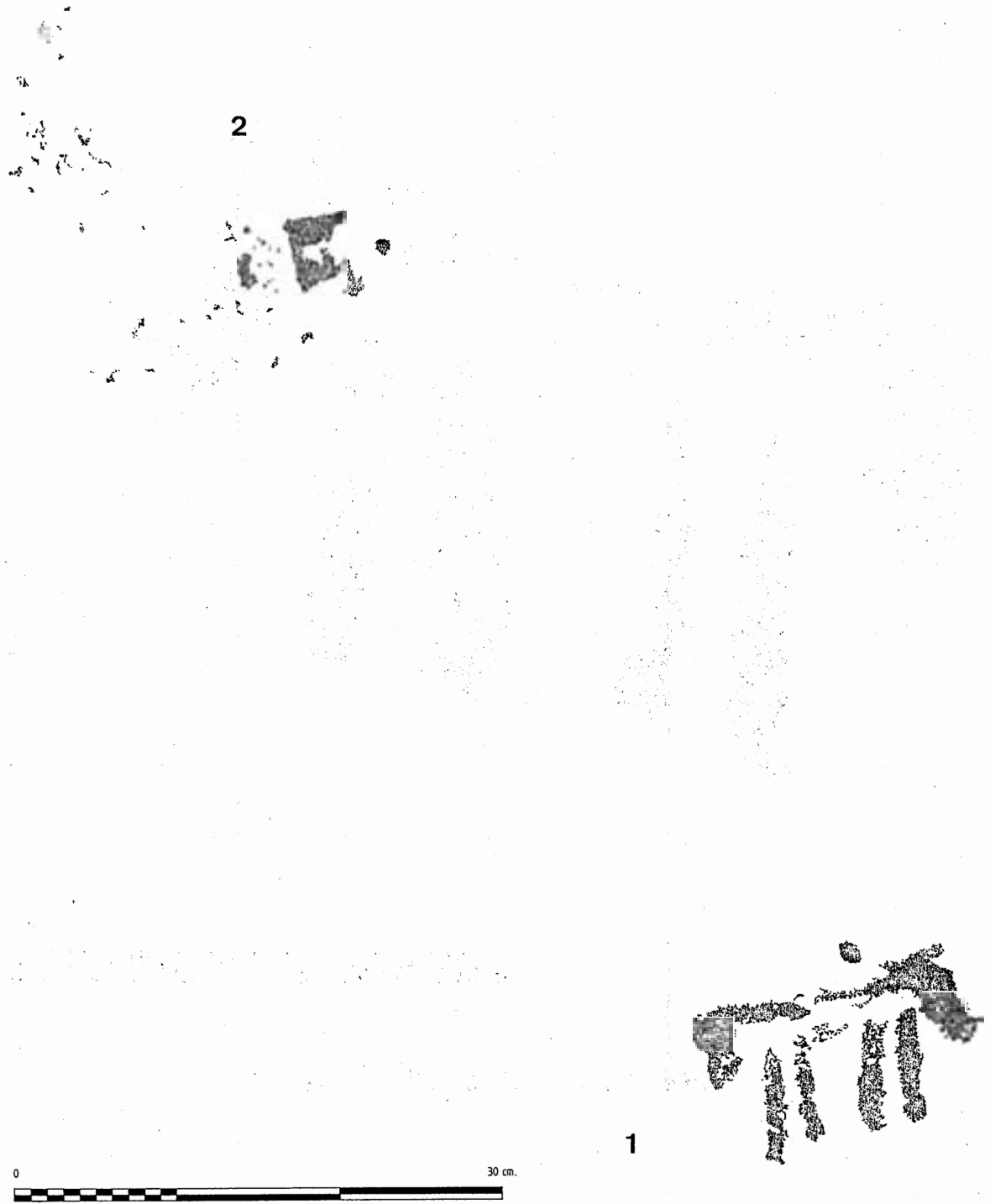


Fig. 19. Zona A del Sector 2.

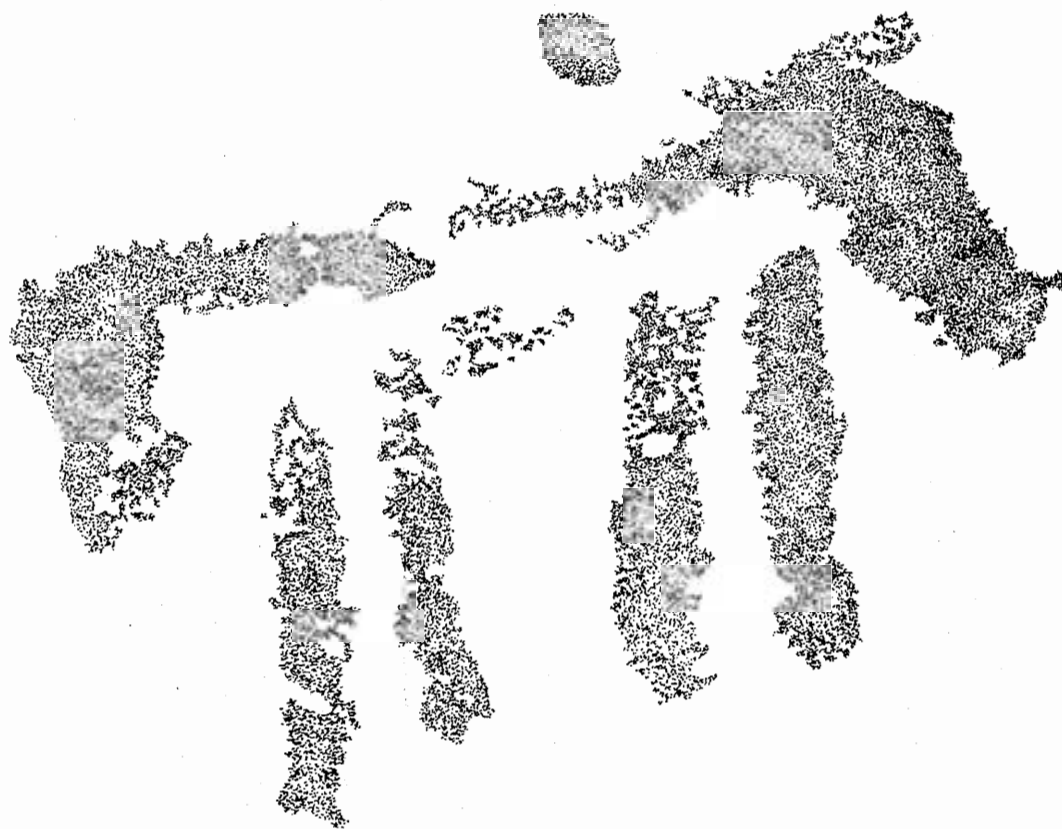


Fig. 20. Zona A del Sector 2 (parcial).

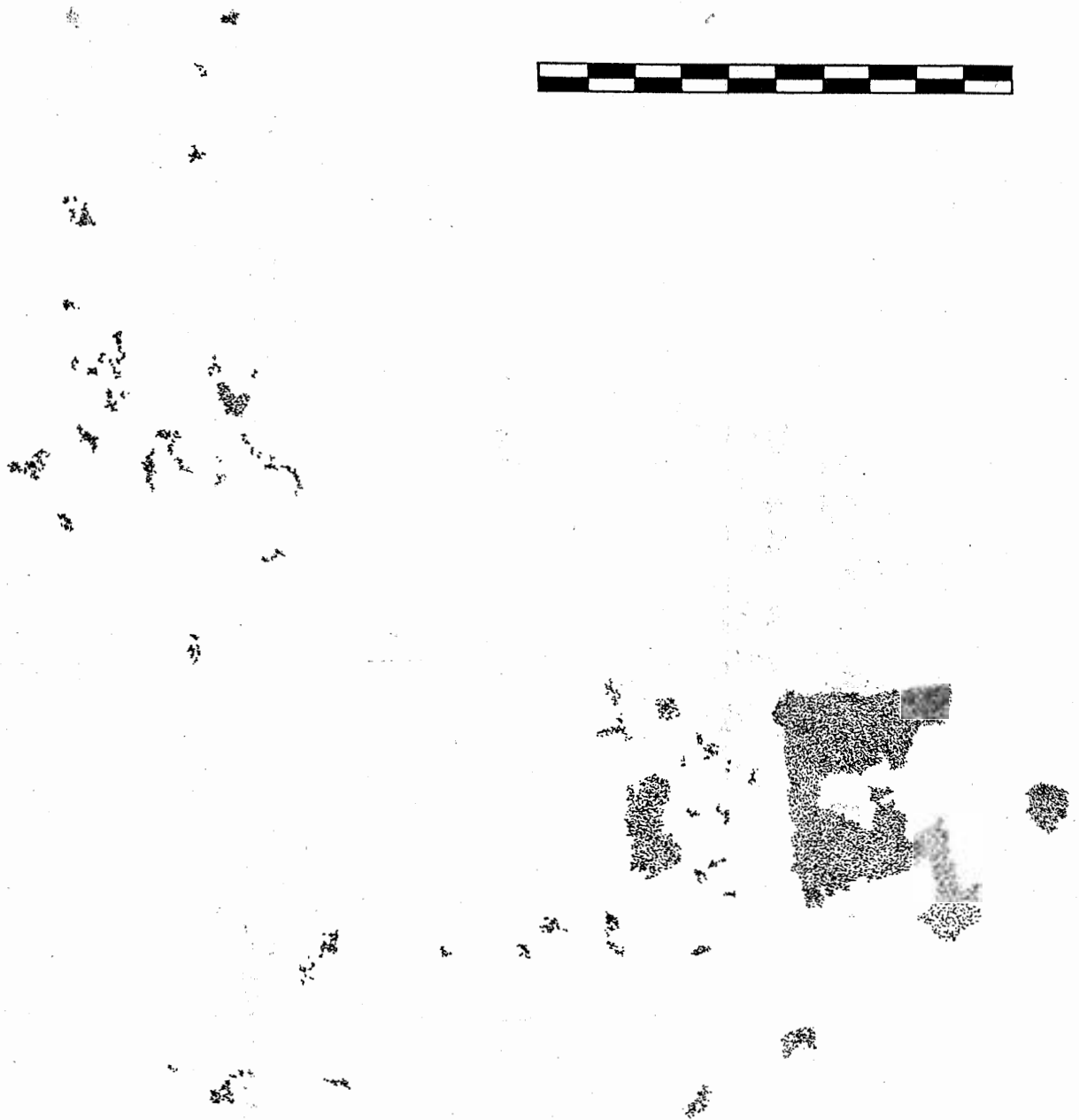
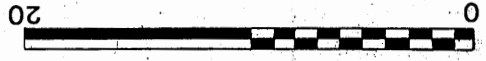
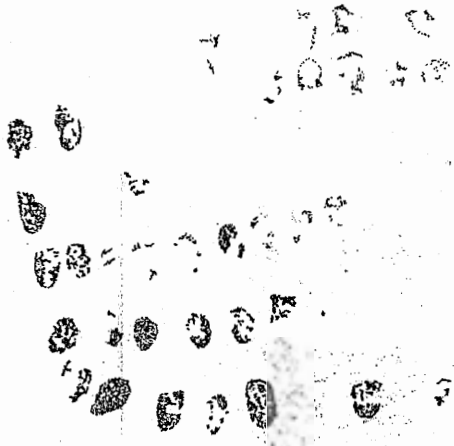


Fig. 21. Zona A del Sector 2 (parcial).

Fig. 22. Zona B del Sector 2.



5



4



3



2



1



Zona B (Fig. 22)

Como ya se ha dicho, ocupa una posición a la derecha de la Zona A, de la que se ve separada por una colada estalagmítica; todavía más a la derecha, una nueva colada viene a delimitar el panel por el otro lado, de modo que el mismo se encuentra flanqueado lateralmente por dos columnas de concreciones calizas que lo singularizan y separan del resto de manifestaciones rupestres. Esta circunstancia ha dado lugar a que las figuras de la Zona B del Sector 2 se hayan visto muy afectadas por las filtraciones y a que se haya producido una mayor disolución de su pigmento en varias de las mismas.

1. Signo (Fig. 22.1 y Fig. 23)

Signo en forma de Y invertida que algún autor no dudaría en clasificar dentro del amplio capítulo de variaciones que la figura humana conoce durante el Arte Esquemático. Muy difuminado en términos generales, pero en particular en el extremo del trazo inferior izquierdo y en la totalidad del desarrollo del inferior derecho. Color: rojo-rosáceo (tabla 4, casilla B7). Altura del signo: 12 cm.

2. Cérvido (?) (Fig. 22.2 y Fig. 24)

Posible representación de un ciervo, difícilmente atribuible como tal a causa de las filtraciones acuosas que han diluido casi enteramente la pintura original. A pesar de todo, parecen observarse restos de la cornamenta, a la izquierda, e incluso algunas de sus ramas; la cabeza se habría borrado por completo, conservándose parcialmente el cuello, el rabo, el tronco y las patas, todo ello muy difuso por razón de un corrimiento en vertical del pigmento, el cual ha producido unas líneas sinuosas de color que parecen seguir el movimiento descendente del agua exudada por la roca. Presenta una tonalidad anaranjada, muy parecida a la de un óxido de hierro, que puede asimilarse a la casilla C9 de la tabla 3 de Llanos y Vegas. Longitud del posible cérvido: 26 cm.

3. Ciervo (Fig. 22.3 y Fig. 25)

Sugestiva figura de un ciervo orientado a la izquierda, cuyo principal interés estriba no tanto en sus discutibles cualidades estéticas, cuanto en que ha sido objeto de un repintado superpuesto que habría tenido probablemente la intención de revalorizar la imagen anteriormente ejecutada. En efecto, un diseño primitivo, efectuado en un color rojo bastante claro (tabla 4, casilla C6), se vería desleído por la acción del agua —de manera análoga a lo que hemos visto en el hipotético cérvido del apartado precedente—, lo cual daría lugar a un burdo repintado posterior, en una tonalidad más oscura, tirando a parduzca (D8 de la tabla 4), que se superpondría a buena parte del cuerpo,



Fig. 23. Zona B del Sector 2 (parcial).



Fig. 24. Zona B del Sector 2 (parcial).



Fig. 25. Zona B del Sector 2 (parcial).

con el rabo incluido, a tres de las patas y un poco a la cabeza y a las astas. El diseño y el pigmento originales pueden distinguirse todavía en algún sector de la hermosa cornamenta, en una porción de la cabeza, en el cuello —aquí la pintura primigenia se halla especialmente disuelta—, en el cuarto anterior del tronco y en la primera de las patas delanteras, la situada más a la izquierda.

La diferenciación entre lo pintado en un principio y lo repintado en una época más tardía —pero indeterminada— no se reduce a las apreciaciones cromáticas expresadas, sino que atañe asimismo a cuestiones estilísticas y de factura. Parece incuestionable que se percibe un evidente contraste entre el diseño de los cuernos rameados, bastante fino y esmerado, y el que se corresponde con las patas, la cola y el cuerpo rehecho, donde la rudeza de trazos es la que impera. Podría plantearse la posibilidad de que existiese una representación inicial de un cérvido, más próxima a las tendencias naturalistas que a cualesquiera otras, la cual, una vez semiborrada, sería en parte sustituida por un dibujo mucho más torpe y descuidado, asemejable en mayor grado a las corrientes más avanzadas de índole esquematizante. A la derecha de la cornamenta del herbívoro se ven unos restos ilegibles de pintura, del mismo color que el que nos muestra el repintado (4 D8). Longitud del cérvido: 19,8 cm.

4. Antropomorfo (Fig. 22.4 y Fig. 26)

Figura humana realizada en una coloración coincidente con la de las zonas redibujadas del ciervo anterior y cuya coincidencia con las mismas bien pudiera hacerse extensiva en lo que se refiere a la tosquedad de ejecución. Si bien a simple vista parece que estamos ante un antropomorfo con los brazos levantados y con la cabeza entre ellos, una observación más minuciosa de la representación hace que alberguemos serias dudas al respecto: partamos de la base de que, de nuevo, el pigmento se encuentra corrido y difuminado, por lo que la separación entre la extremidad superior izquierda y la testa del personaje no resulta todo lo clara que cabría desear. Más delimitada parecería la concerniente al brazo derecho, pero tal circunstancia resulta ser una mera apariencia, ya que dicha supuesta separación viene dada por la presencia de un desconchado que ha desgajado una porción de pintura. Así pues, hay que poner en tela de juicio lo de los brazos hacia arriba rodeando la cabeza. Las piernas son cortas y rollizas, con una pequeña protuberancia en la siniestra que tal vez podría dar a entender la insinuación del sexo. Altura del antropomorfo: 9 cm.

5. Grupo de digitaciones (Fig. 22.5 y Fig. 27)

Conjunto de huellas dactilares en negro, dispuestas, más o menos, en seis líneas horizontales que guardan cierto paralelismo entre sí y cuyo estado de conservación está sujeto a un índice de variabilidad más que notable. Las



Fig. 26. Zona B del Sector 2 (parcial).



Fig. 27. Zona B del Sector 2 (parcial).

que se han preservado en mejor proporción se corresponden con las dos hileras superiores; son también bastante visibles las dos de la derecha de la tercera y de la quinta filas (contando de arriba abajo), así como la primera de la cuarta. El resto de digitaciones están muy perdidas y resultan realmente difíciles de distinguir.

SECTOR 3

Encaramado en la pared rocosa de una plataforma elevada, ha sido subdividido también en dos subsectores: Zona A, que corresponde a la parte izquierda del panel, y Zona B, a unos 50 cm a la derecha de la primera y que constituye el extremo oriental del conjunto de manifestaciones rupestres que contiene la Cueva de Regacéns. En ambas zonas, las tonalidades rojizas asumen un protagonismo exclusivo, indicando, si acaso, que en la presente ocasión no se da una preponderancia clara de un tipo de color.

Descripción de las pinturas (Fig. 28)

Zona A. (Fig. 29)

Se ubica en un lugar del soporte muy afectado por las coladas estalagmíticas y, en consecuencia, por las filtraciones y por las concreciones calcáreas, las cuales han intervenido negativamente en el estado de conservación de las representaciones pictóricas, disolviendo parcialmente el pigmento en unos casos o cubriendo y enmascarando las figuras en otros.

1. Antropomorfo (Fig. 29.1 y Fig. 30)

Antropomorfo en color pardo-rojizo (casilla E6 de la tabla 4), de difícil interpretación y no sólo por la pérdida de la pintura en determinados puntos: pueden identificarse bien la cabeza, el cuerpo alargado y fino, logrado mediante una simple línea vertical, y las dos piernas, que presentan un aspecto bastante fragmentario; el asunto se complica un tanto en la zona de las extremidades superiores, pues una serie de trazos verticales, más cortos que el del tronco y más o menos paralelos con él, dotan al diseño de una complejidad considerable; en la parte del brazo derecho la pintura está semiborrada e ignoramos cuál sería el trazado del mismo, si estaría puesto en cruz —como parece estarlo el izquierdo— o si se hallaría en descanso e incumbiría a una de las rayas verticales que todavía pueden distinguirse, tal vez a la más cercana al cuerpo; el brazo izquierdo parece estar en posición horizontal y sostener un utensilio angular difícil de reconocer; a lo largo de su desarrollo, irradia hacia abajo una serie de cinco o seis líneas verticales,

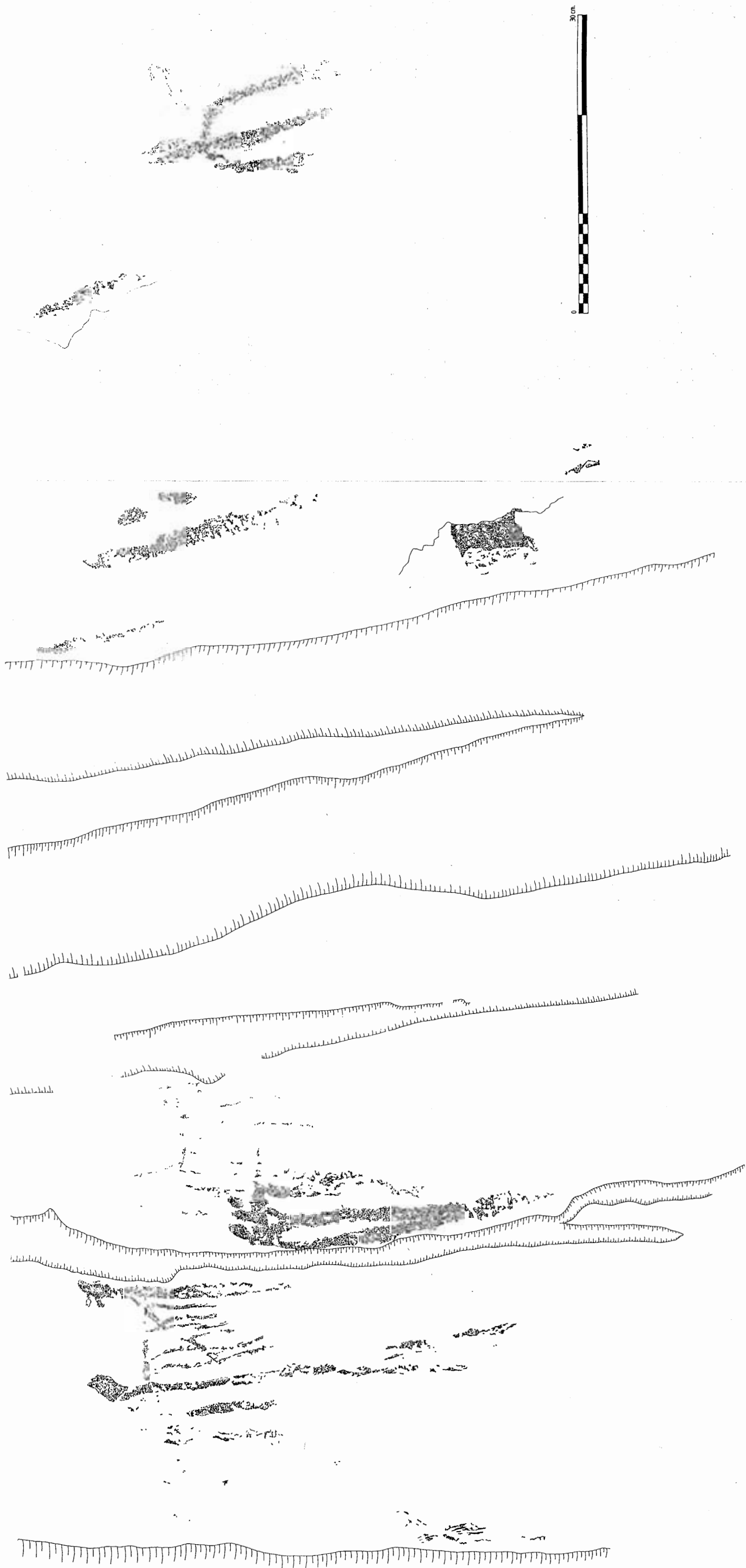


Fig. 28. Calco íntegro del Sector 3.

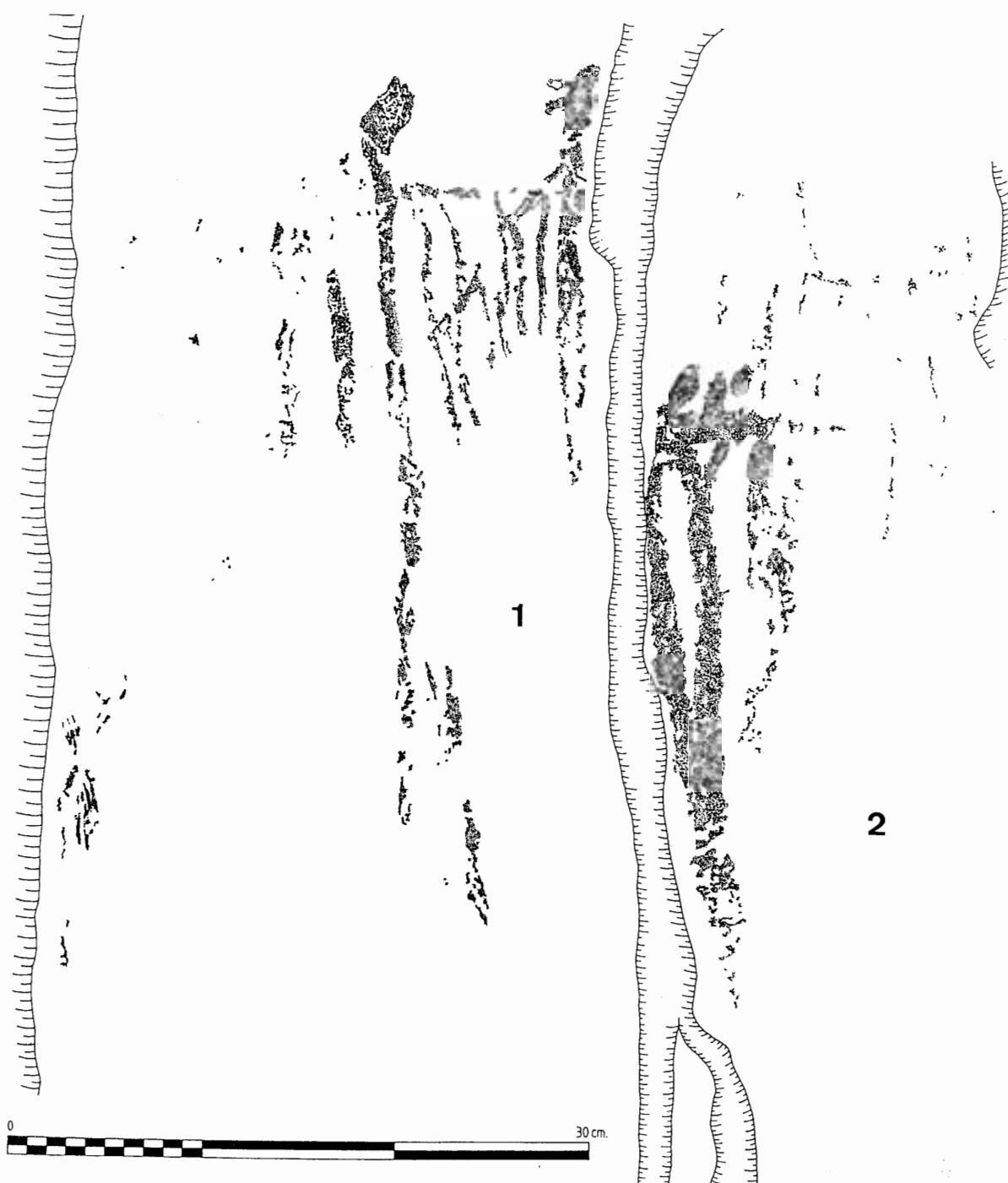


Fig. 29. Zona A del Sector 3.

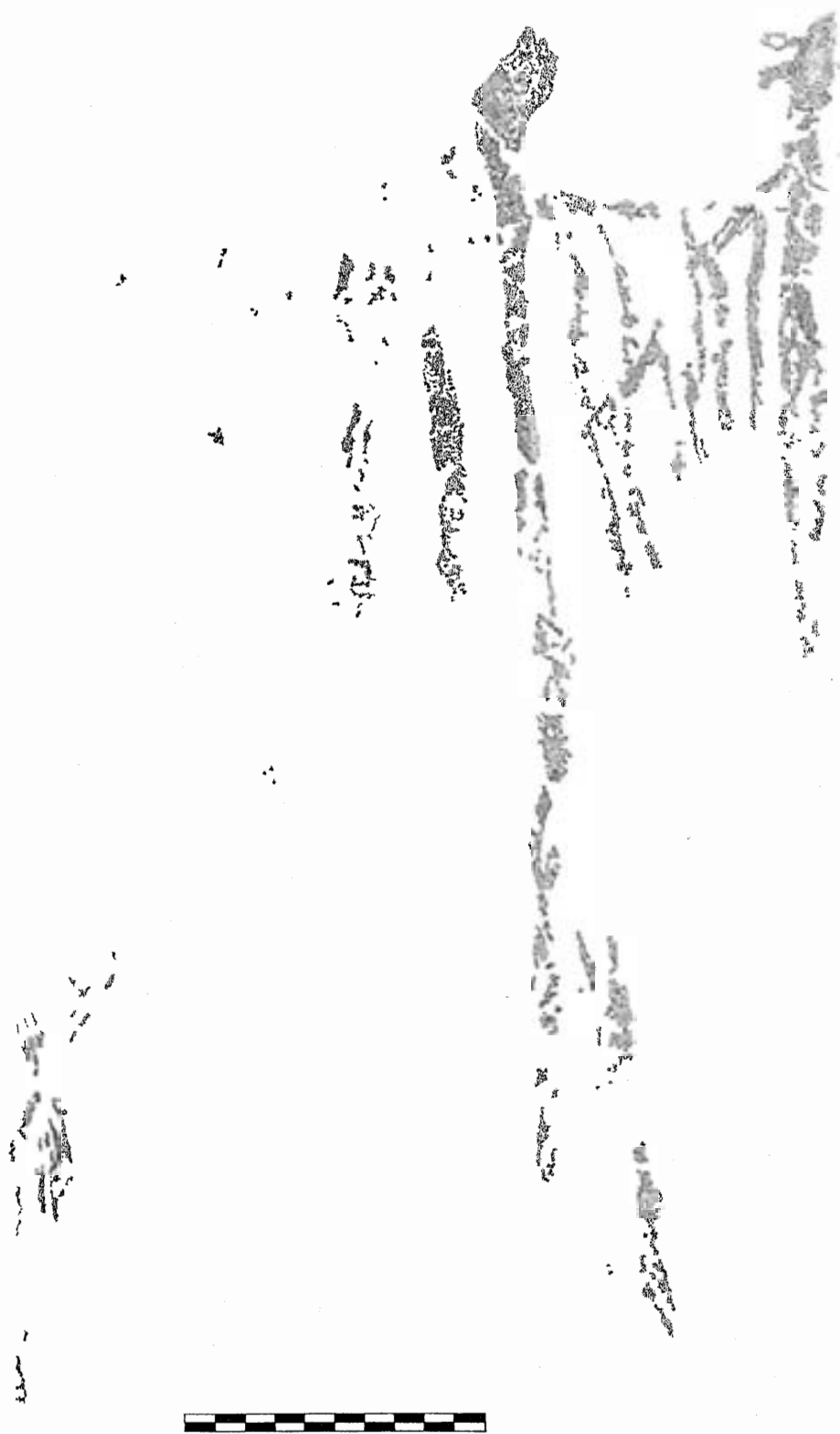


Fig. 30. Zona A del Sector 3 (parcial).

cuya significación tampoco nos atrevemos a establecer, aunque cabe señalar que Pilar Acosta las descifraría como «un símbolo de fecundidad o abundancia» (3). A la izquierda de las piernas existen unos restos sueltos muy desvanecidos y en idéntica coloración, completamente ilegibles. Longitud del antropomorfo: 44,8 cm.

2. Antropomorfo (Fig. 29.2 y Fig. 31)

Ejecutado en una tonalidad más rojiza y clara que el anterior (tabla 4, C6), tampoco resulta demasiado fácil de interpretar. Para ello hemos estado barajando dos posibilidades, las cuales vamos a exponer a continuación y de las que nos decantaríamos por la segunda en el caso de que tuviéramos que optar necesariamente por una de ellas:

A: antropomorfo de cuerpo triangular, con las piernas que se confunden en un mismo y único trazo vertical, con el brazo izquierdo que ha sufrido un evidente corrimiento del pigmento y con un instrumento alargado en su lado derecho, cuyo extremo superior rebasa la teórica línea de los hombros y termina a la misma altura que la cabeza, pequeña en comparación con la longitud del resto del cuerpo; a la derecha de esta última aparece una digitación.

B: ídolo o figura humana oculados, con cuerpo triangular y con dos largos brazos desproporcionados, los cuales acaban juntándose con la línea vertical central —que representaría las piernas— casi al final de su trazado; el brazo izquierdo está muy perdido, pero parece seguir una dirección similar a la marcada por el derecho. A la derecha de la figura principal pueden observarse varios restos rectilíneos en la misma coloración, prácticamente borrados y absolutamente ininteligibles. Longitud del antropomorfo: 34 cm.

Zona B (Fig. 32)

Se ubica una vez sobrepasado el sector de las coladas estalagmíticas, por lo que sus pinturas se nos muestran menos agredidas por los deslizamientos acuosos y por las concreciones calizas.

1. Mancha y restos (Fig. 32.1 y Fig. 33)

Si bien resulta arriesgado proponer algún significado a lo poco que puede observarse, no nos podemos sustraer de la impresión de hallarnos frente a lo que podrían ser los vestigios de una casi perdida representación naturalista de un animal: la mancha correspondería a lo que resta de la tinta plana de la masa corporal y los trazos inferiores a los extremos de unas posibles patas. Todo ello con las necesarias reservas, claro está. Color: parduzco oscuro, equiparable al de la casilla F6 de la tabla 4 de Llanos y Vegas.



Fig. 31. Zona A del Sector 3 (parcial).

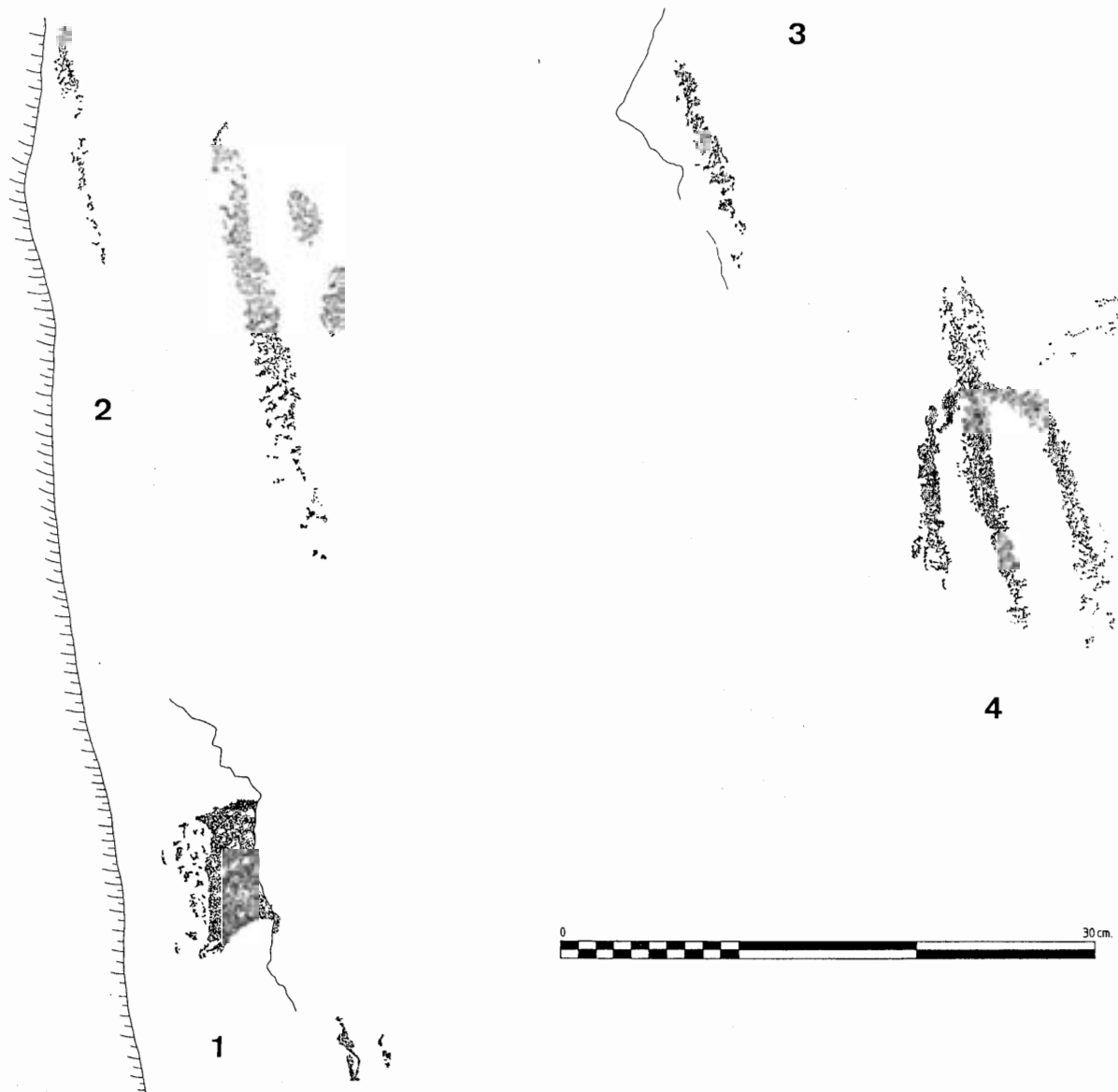


Fig. 32. Zona B del Sector 3.

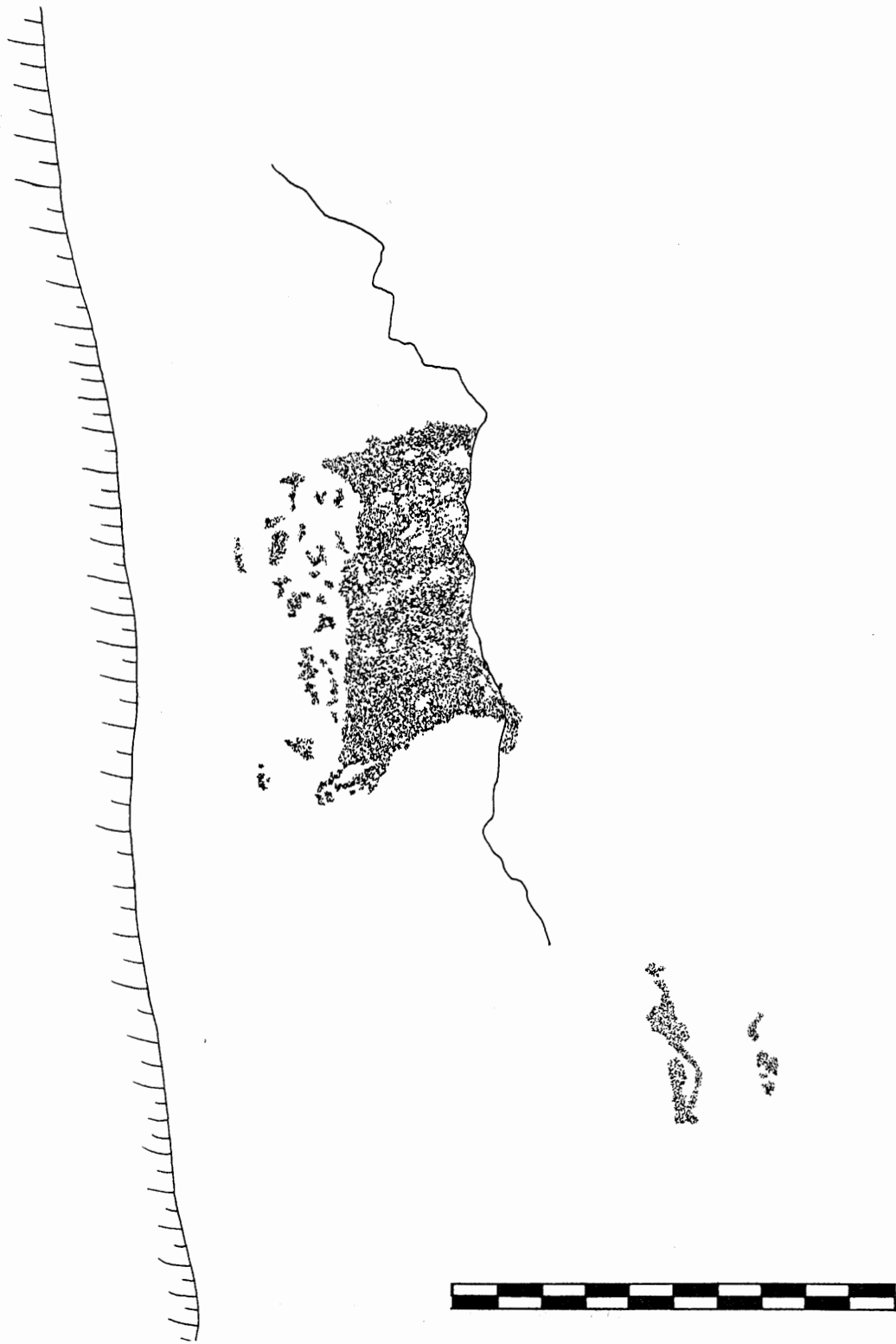


Fig. 33. Zona B del Sector 3 (parcial).

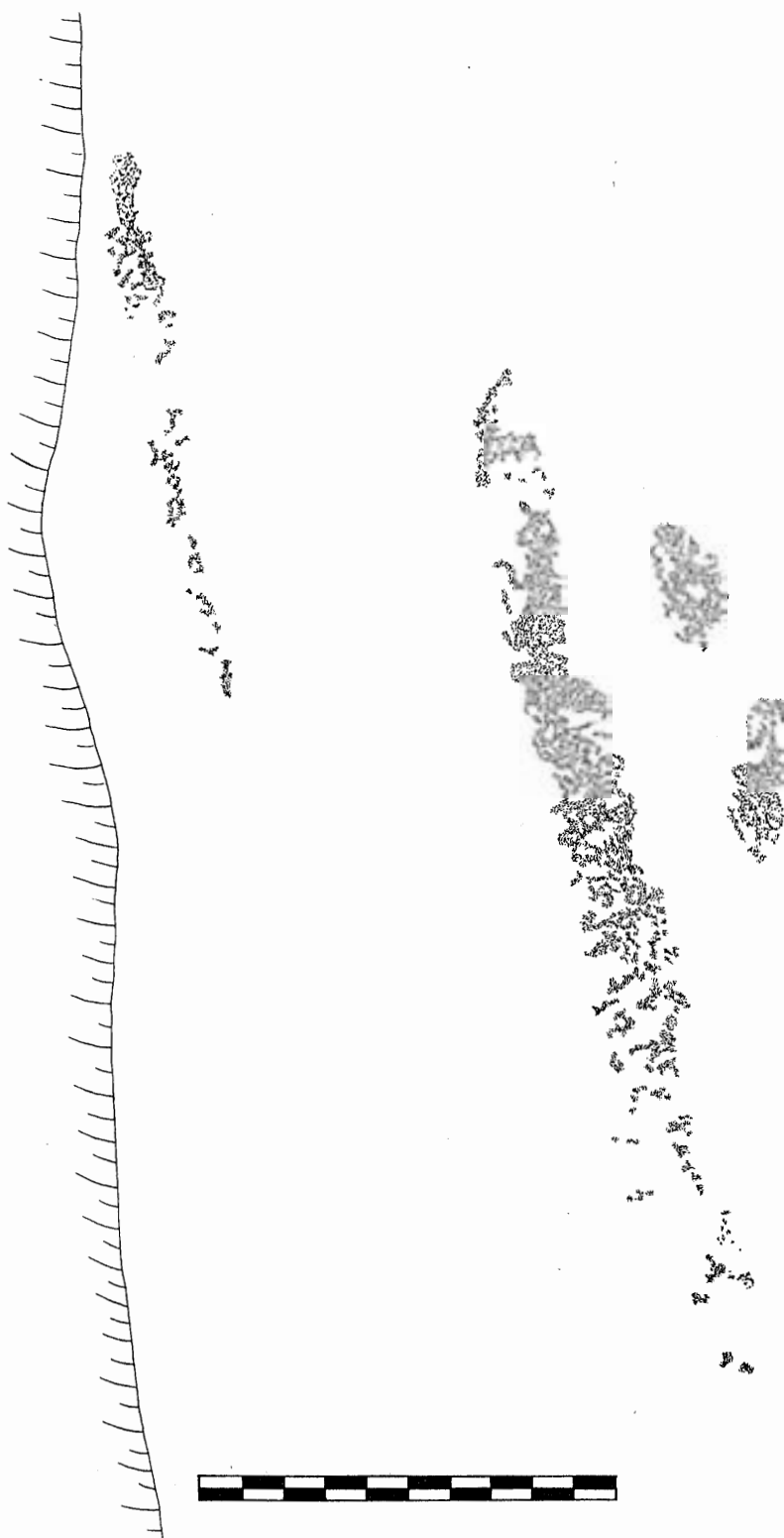


Fig. 34. Zona B del Sector 3 (parcial).



Fig. 35. Zona B del Sector 3 (parcial).



Fig. 36. Zona B del Sector 3 (parcial).

2. Barras (Fig. 32.2 y Fig. 34)

Conjunto formado por dos barras verticales —o casi— seguras, una más fina y corta (la de la izquierda) que la otra (la de la derecha), y por una tercera que parece haber perdido el tramo central de su largura. Están pintadas en un tono muy parecido al del antropomorfo n.º 1 de la Zona A del mismo Sector 3, aunque tal vez algo más claro: casilla E7 de la tabla 4. Longitud de la barra más larga: 25 cm.

3. Barra (Fig. 32.3 y Fig. 35)

Parecida a las precedentes, sólo varía en cuanto a la coloración del pigmento: tabla 4, C6. Longitud de la barra: 12 cm.

4. Antropomorfo (Fig. 32.4 y Fig. 36)

Figura humana del tipo «golondrina», ejecutada originariamente en un color rojo bastante vivo (4, C7) y que presenta un prolongamiento hacia arriba de la cabeza —en principio muy corta, apenas sobresaliendo del trazo de los brazos— realizado en una tonalidad castaña mucho más intensa (4, G8). Longitud del antropomorfo primitivo: 16 cm. Longitud del antropomorfo con el añadido superior: 21 cm.

BIBLIOGRAFÍA

(1)

Obras generales sobre el conjunto del río Vero

- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Entremuro*, 80. Barbastro, 1980.
- BALDELLOU, V. «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo-Huesca)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, VII (1979). Castellón de la Plana, 1982.
- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Revista de Arqueología*, 23. Madrid, noviembre de 1982.
- BALDELLOU, V. «El arte levantino del río Vero (Huesca)». *Encuentro de homenaje a Juan Cabré*. Zaragoza, 1984.
- BALDELLOU, V. «En torno al arte levantino del Vero». *Boletín de la Asociación Arqueológica de Castellón*, 4. Castellón de la Plana, 1984.
- BALDELLOU, V. «El arte esquemático y su relación con el levantino en la cuenca alta del Vero». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico del Alto Aragón en el contexto del arte rupestre levantino y esquemático». *III Coloquio de Arte Aragonés. Huesca, 1983*. Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V. «El arte rupestre post-paleolítico en la zona del río Vero». *Ars Praehistorica*, 3-4 (1984-1985). Sabadell, 1987.

- BALDELLOU, V. «Arte rupestre en la región pirenaica». *Arte rupestre en España*. Madrid, 1987.
- BALDELLOU, V. «El conjunto de pinturas rupestres post-paleolíticas de la cuenca del Vero (Huesca)». *Congreso Internacional de Arte Rupestre. Bajo Aragón Prehistoria*, VII-VIII (1986-1987). Caspe, 1988.
- BALDELLOU, V. «Las pinturas rupestres del río Vero (Huesca)». *Annales*, VI (1989). UNED de Barbastro, 1989.
- BALDELLOU, V. *Guía Arte Rupestre del río Vero*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): Problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino». *Caesaraugusta*, 49-50. Zaragoza, 1979.

Obras monográficas

- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de Mallata I y de Mallata B1*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BALDELLOU, V. *Los covachos pintados de la partida de Barfaluy*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1992.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los abrigos pintados esquemáticos de Quizáns, Cueva Palomera y Tozal de Mallata». *Bajo Aragón Prehistoria*, IV. Caspe-Zaragoza, 1982.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Quizáns y Cueva Palomera». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Dos nuevos covachos con pinturas naturalistas en el Vero (Huesca)». *Estudios en Homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Mallata B (Huesca)». *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4 (1985). Zaragoza, 1988.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los covachos pintados de Lecina Superior, del Huerto Raso y de la Artica de Campo (Huesca)». *Bolskan*, 5 (1988). Huesca, 1989.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas esquemáticas de la partida de Barfaluy (Lecina-Bárcabo. Huesca)». *Empúries*, 48-50 (1986-1989). Barcelona, 1993.
- BELTRÁN, A. «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina». *Homenaje a D. José Esteban Uranga*. Pamplona, 1971.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)». *Caesaraugusta*, 35-36. Zaragoza, 1971-1972.
- BELTRÁN, A. *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*. Zaragoza, 1972.
- BELTRÁN, A.; BALDELLOU, V. «Avance al estudio de las cuevas pintadas del Barranco de Villacantal». *Altamira Symposium*. Madrid, 1980.

(2)

Al igual que en trabajos anteriores ya publicados, en un intento de objetivizar al máximo las referencias cromáticas hemos utilizado las tablas de colores de la clasificación elaborada en la obra de LLANOS, A. y VEGAS, J. I. «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI. Vitoria, 1974.

(3)

ACOSTA, P. *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca, 1968. Pág. 78.